LIBRO dot.com

NARRACIONES POPULARES

I

ANTONIO DE TRUEBA

LIBRO dot.com
http://www.librodot.com

Índice

- **A Don Eduardo Bustillo**
- **El cura de Paracuellos**
- **El modo de dar limosna**
- **La paliza**
- **Las orejas del burro**
- **Las dudas de San Pedro**
- **El tío Interés**
- **El cura nuevo**

A Don Eduardo Bustillo

No debo, querido Eduardo, contentarme con dedicarte este libro, como si dijéramos, a secas, porque eso sería, en primer lugar, como si un hermano, al encontrarse con el hermano querido, después de larga ausencia, lo saludase con un «beso a Vd. la mano,» y, en segundo lugar, sería desperdiciar una buena ocasión de decir al público, por el sistema de «a ti te lo digo, nuera, entiéndelo tú, mi suegra,» lo que acerca de este libro necesito, o, cuando menos, deseo decirle.

Antes de todo te diré por qué llamo a este libro Narraciones populares. Confiésote, aunque no te guste, pues eres algo menos reaccionario que yo, que a pesar de mi antigua afición a lo que se llama el pueblo, porque procedo de esta clase social, porque casi siempre he vivido entre ella y porque he dedicado, buena parte de mi vida al estudio de sus sentimientos y costumbres; confiésote que me va ya apestando el calificativo de «popular,» porque, de algún tiempo a esta parte, se, abusa de él tan escandalosamente como te lo probarán dos ejemplos que voy a someter a tu consideración. En estos últimos años, en que tanto se han cacareado la libertad y los derecho individuales, he visto en una capital de treinta mil almas, rica, culta, liberal, independiente, altiva, llamar ayuntamiento popular al elegido por ciento cincuenta ciudadanos, únicos a quienes había permitido votar el garrote de dos aprendices de torero, y he visto en la misma, provincia llamar también ayuntamientos populares a una porción de ayuntamientos elegidos a culatazos por un pelotón de soldados.

De todo se abusa en este mundo, o, mejor dicho, en esta desventurada España, e infinitamente más desde que se trastornó de arriba abajo la sociedad, con pretexto de acabar con los abusos; pero porque, en nombre de Dios, veamos encender la guerra civil, y arruinar a la patria, y saquear y apalear a los honrados y pacíficos ciudadanos, y emplumar a las débiles mujeres, y porque veamos, en nombre de la libertad, blasfemar de Dios, y bombardear e incendiar los pueblos, o inundar de sangre las calles y los campos, y atacar y destruir la propiedad, y conculcar y desobedecer toda ley divina y humana, no por eso los hombres sensatos hemos de

abominar del nombre de Dios ni del nombre de la libertad, que estos nombres son demasiado augustos para que las miserias humanas puedan disminuir el amor y la veneración que les debemos. En nuestra buena lengua castellana existe el adjetivo «popular» para designar lo que pertenece al pueblo, y los que de esta lengua nos servimos, no podemos prescindir de ese adjetivo, a menos que prescindamos de la idea que expresa.

Pudiera yo haber dado el nombre de cuentos a estas narraciones, como se le he dado a otras de la misma índole que corren por ahí impresas; pero he tenido mis razones para no hacerlo: la primera, es mi deseo de evitar entre este libro y alguno de sus hermanos toda confusión, y la segunda, ciertos escrúpulos, puramente de arte, que voy teniendo en llamar cuentos a narraciones en que el narrador toma la parte propiamente de cuento por pretexto para meterse en el campo de la filosofía y hasta en el de sus recuerdos y sentimientos individuales. De calificarlas de populares no he podido ni debido prescindir, porque tanto su fondo como su forma lo son. El fondo, que es el pensamiento capital, está tomado de esa multitud de cuentos o narraciones orales con que el pueblo entretiene sus ocios y sus trabajos, o da forma, como si dijéramos, tangible a su filosofía; y la forma, que es el lenguaje, está en lo posible asimilada al lenguaje del pueblo, para que el fondo y la forma no rabien de verse juntos, y para que los lectores me entiendan mejor hablándoles en el idioma que les es más familiar y querido, pues en la vida familiar, que es a la que libros como este se destinan, hablamos altos y bajos el idioma del pueblo.

Como andan ya por esos mundos de Dios cinco tomos de cuentos míos, cada cual con su prólogo(1), tengo ya dicho casi todo lo que tenía que decir acerca de los cuentos, y sobre todo de los cuentos populares; pero aún así necesito repetir algo para la mejor inteligencia de estas narraciones, cuentos o lo que sean. La tarea que emprendí hace tiempo y continúo, consiste en recoger las narraciones, cuentos o anécdotas que andan en boca del pueblo y son obra de la inventiva popular, que unas veces crea y otras imita, si es que no plagia, cuidando cuando imita de dar a la imitación la forma de la originalidad. Algunos de los escritores o colectores que en el extranjero y particularmente en Alemania se han dedicado a análoga tarea, han seguido distinto camino que yo; pues, como han hecho los hermanos Grimm, reproducen los cuentos populares casi como los han recogido de boca del pueblo. Este sistema no es de mi gusto, porque casi todos los cuentos populares, aunque tengan un fondo precioso, tienen una forma absurda, y para ingresar dignamente entre los productos del arte literario, necesitan que el arte los perfeccione y encamine a un fin moral o filosófico de que no debe carecer nada en la esfera del arte.

Un buen amigo mío, muy aficionado a la literatura popular, pero poco apto para cultivarla, andaba por las Provincias Vascongadas desviviéndose por encontrar cuentos y tradiciones populares, y se me quejaba un día de que yo era más feliz que él, pues encontraba a cada paso lo que él en ninguna parte podía encontrar. Buscaba yo medio de decirle lo que sobre el particular pensaba sin herir su amor propio ni traspasar los límites de la modestia, cuando un aldeano que estaba presente me sacó del paso diciendo a mi amigo:

-No se desanime Vd. por eso, D. Román, que el mejor día encontrará Vd. lo que busca, donde menos piense encontrarlo. Mire Vd., en el pórtico de la iglesia de mi aldea había un madero sin labrar ni nada, y a nadie le había ocurrido nunca que sirviese más que para lo que servía, es decir, para sentarse malamente la gente que esperaba el último toque de misa.

Pues un día fue por allí uno de esos que hacen santos, y como lo encargase el señor cura que hiciese una virgen, sacó una preciosa... ¿de dónde dirá Vd. que la sacó? del madero del pórtico, que al parecer no servía para nada.

-Sí, añadí yo, no sé quién ha dicho que en toda piedra o madero hay una estatua, y el mérito del escultor está en acertar a sacarla. Amigo Román, el cuento, la tradición, la anécdota, el chascarrillo, el sucedido, la agudeza, que a cada paso se encuentra uno en boca del pueblo, es

el madero o la piedra tosca de donde el arte literario saca aquello que le honra. ¿Tú quieres encontrar la estatua hecha y derecha? Eso no puede ser, amigo mío, y si pudiera ser, ¿qué mérito habría en el artista?

Román calló y desde entonces procuró sacar la estatua de la piedra o el madero tosco con que tropezaba a cada paso; pero el pobre se murió sin conseguirlo. No es esto decir que yo haya sido más diestro que él, pero sí que he sido más obstinado y perseverante.

He dicho que el fondo de los cuentos populares suele ser precioso aunque la forma sea absurda, y en esta colección hay ejemplos de ello. ¿No te parece, como a mí, querido Eduardo, que aunque el pueblo no hubiese ideado más cuentos que el que yo titulo Las dudas de San Pedro, cuyo fondo pertenece por entero al pueblo, tendría éste un gran título al dictado de filósofo y artista consumado en la estética? La teoría de la fe cristiana está tan admirablemente simplificada y puesta de relieve en el fondo de ese cuento (contado en vascuence a un amigo mío durante la guerra civil por sus sencillas patronas en una casería vascongada donde estaba alojado), que si yo fuese su autor, me parece que reventaría de vanidad por el hecho de serlo.

No necesito encarecer la conveniencia de recoger y estudiar y llevar al tesoro de la literatura y la filosofía patrias los cuentos populares, porque esta conveniencia está ya demostrada con el afán con que se los recoge y estudia en todos los países cultos. Lo que con toda sinceridad haré, es lamentar que casi sea yo el único escritor que en nuestra patria se haya dedicado con algún empeño a esta tarea, sobre todo desde que el ilustre Fernán Caballero descansa de las gloriosísimas suyas. Como quiero más ser tachado de vano que de hipócrita, no negaré que me creo con alguna buena condición para desempeñarla, cual es la facilidad que encuentro en asimilarme al sentimiento y el lenguaje del pueblo, en lo que soy tan extremado, que cuando hago sentir y hablar a San Pedro, o a Pericañas, o a Tragaldabas, o a Antonazas, o a Juan Lanas, o a Chómin, o a Angelote, o a Pico de Oro, o al demonio, me parece que me he convertido en ellos; pero no basta esto para que me crea digno de recoger y llevar los cuentos populares al tesoro de la literatura y la filosofía patrias, porque para serlo se necesitan dotes de filósofo, de crítico y de filólogo, que yo ni por asomo tengo y que brillan en muchos de mis conciudadanos de la república literaria española, menos fecunda en cabezas vacías o llenas de aire corrupto que la república política.

De todos modos, y por más que crea que desempeño mal esta tarea de recoger los cuentos populares y aderezarlos un poco a fin de que puedan obtener el pase a nuestra literatura, tengo una esperanza que me consuela y anima a proseguir mi tarea: hace veinte años el arte literario apenas había parado mientes en los cantares populares españoles, a pesar de que eran rico tesoro de poesía y fuente inagotable de enseñanza para estudiar las trasformaciones de nuestro espíritu popular, de nuestros sentimientos, de nuestras creencias, y hasta de nuestro idioma. Un humilde y oscuro poeta, después de inspirarse en ellos, escribió un libro que por esta circunstancia llamó El libro de los cantares, y cuya circulación ha sido tal, que después de haberse hecho seis numerosas ediciones, no se encuentra hoy ejemplar ninguno de él en las librerías españolas. Sea por casual coincidencia, sea por influencia de aquel libro, nuestros cantares populares ocupan en la poesía moderna un lugar tan privilegiado como el que ocupa el Romancero en la antigua. Yo, que soy el autor de aquel libro, no creo pecar de iluso e inmodesto si espero obtener para los cuentos populares lo que obtuve para los cantares sus hermanos.

He concluido, querido Eduardo, de hablar de este libro, que si tiene alguna importancia filosófica y alguna amenidad, más que a mi ingenio, se deben a la inventiva y el espíritu popular que en el desempeño de su fondo y forma me han servido de guía; pero no quiero terminar este prologuillo-dedicatoria sin aprovechar la ocasión, no del todo inoportuna, para decir algo que hace tiempo deseaba decir.

La forma popular es muy conveniente en las obras literarias que, como ésta, aspiran a deleitar o instruir algo, particularmente en el seno de la familia. Todas las gentes, aunque pertenezcan a la clase más elevada de la sociedad, tienen algo, o, más bien, tienen mucho de lo que se llama pueblo, porque hasta el más campanudo y perfilado en la vida pública, es en la vida privada, en la vida íntima, en la vida de la amistad y la familia, sencillo, familiar, vulgar, en una palabra, popular. ¿Quieres apostar, querido Eduardo, a que esos oradores y escritores que cuando hablan y escriben en público se remontan al quinto cielo y no saben salir de luz, éter y estrellas, y se diría que se les subleva el estómago cuando descienden a estas regiones sub-lunares, descienden en el fondo de su hogar a todos los modismos y todas las acciones del pueblo? Es que el sentimiento, la acción y la expresión popular son una especie de instinto natural en nosotros. Pues si esto es así, como firmemente creo, el arte literario, que imita el fondo y la forma, el sentimiento y la expresión del pueblo, lleva en sí una eficaz garantía de éxito, y no sé explicarme cómo en España son tan pocos los que le ejercen, cómo son aun menos los que no le ejercen empíricamente, porque la verdad es que en el noventa y cinco por ciento de nuestras obras literarias de costumbres populares, el fondo y la forma son falsos, pues el pueblo no siente, ni obra, ni habla como allí se pretende.

Concretándome solo al lenguaje que se atribuye al pueblo, pudiera citarte cien modismos que el pueblo no usa ni ha usado nunca en ninguna comarca de España, y sin embargo, son la muletilla obligada del noventa y cinco por ciento de los que en el libro, o en el teatro, o en el periódico conceden la palabra al pueblo y lo sirven de apuntadores. Y en mi humilde concepto, todo esto sucede porque el noventa y cinco por ciento de los que ejercen el arte propiamente de imitación, cuidan poquísimo o nada de estudiar en la naturaleza, que es de donde procede todo lo verdadero, y por consecuencia, todo lo bueno que encierran las obras del arte.

Con esto, mi buen Eduardo, no he querido erigir cátedra de maestro en el arte literario, que ya sé que no valgo para eso, sino explicar cuál es mi modo de pensar en ciertas materias, para explicar así los excesos de realismo que me han echado en cara algunos críticos más o menos autorizados y algunos otros faltos de toda autoridad literaria, como un caballero particular bilbaíno a quien yo mismo oí decir que le cargábamos los escritores de costumbres verdaderas, porque en la verdad no hay ni puede haber poesía, pues poesía y mentira son una misma cosa.

Tú, que fatigado de luchar en Madrid por conquistar gloria y un poco de bienestar, te convenciste al fin de que en estos tiempos que corren esa conquista era aquí un imposible para gentes de alma tan honrada como la tuya, y fuiste a pedir descanso y consuelo a ese hermoso, tranquilo y amado rincón de Asturias, donde los has encontrado en el seno de la familia, y en los encantos de la naturaleza y del cultivo de la poesía; tú sabrás si en la verdad hay o no poesía, y por tanto si vale o no algo el humilde libro que envía a que te salude cariñosamente en tu retiro de Celório, tu amigo

ANTONIO DE TRUEBA.

El cura de Paracuellos

- I -

Paracuellos, que es un lugar de tres al cuarto, situado en la orilla izquierda del Jarama, como dos leguas al Oriente de Madrid, tenía un señor cura que, mejorando lo presente, valía cualquier dinero.
Es cosa de contar de cuatro plumadas su vida, que la de los hombres que valen se ha de contar y no la de aquellos de quien se dice:
En el mundo hay muchos hombres
de historia tan miserable,
que se compendia diciendo
que nacen, pacen y yacen.

Su padre era un pobre jornalero que no sabía la Q, de lo cual estaba pesarosísimo, tanto que no se le caía de la boca la máxima de que el saber no ocupa lugar. Consecuente con esta máxima, puso el chico a la escuela, y el chico hizo en pocos meses tales progresos, que, según la expresión de su buen padre, leía ya como un papagayo.
Así las cosas, dio al pobre jornalero un dolor no sé en qué parte, y se murió rodeado de su mujer y sus hijos, repitiendo a estos, y muy particularmente al escolar, que era el mayor, su eterna canción de que el saber no ocupa lugar.
La madre de Pepillo, que así se llamaba nuestro héroe (como dicen los genealogistas, aunque su héroe no sea tal héroe ni tal calabaza), se vio negra para tapar tantas boquitas como le pedían pan a todas horas, y como le saliese proporción de acomodar a Pepillo con un amo que le mantuviese, vistiese y calzase (vamos al decir), no tuvo más remedio que aprovecharla, por más que le doliese quitar al chico de la escuela. El amor con quien la tía Trifona (que así se llamaba la viuda) acomodó a Pepillo, era el mayoral de una de las toradas que pastan en la ribera del Jarama, según sabemos por los poetas que tanto han molido, al respetable público con los toros jarameños, como si los toros fueran un gran elemento poético. Pepillo se pasaba el día en aquellos campos arreando pedradas con la honda a los toros que se desmandaban, y muy contento con no perder de vista a su pueblo natal, que se destaca encaramado en un alto cerro que domina toda la campiña y muy particularmente las praderas bañadas por el Jarama. Era tal el apego que Pepillo tenía a su pueblo, que llevarle a donde no le viera hubiera sido llevarle al campo-santo. Ya esto dice mucho en su favor, porque no puede menos de ser un bribón de siete suelas el que no tiene apego al pueblo donde ha nacido, donde se ha criado y donde están, vivos o muertos, sus padres, aunque el pueblo sea tan desgalichado como lo son casi todos los de las cercanías de Madrid (y perdonen sus naturales el modo de señalar).
Como Pepillo tenía muy presente la máxima de su padre de que el saber no ocupa lugar, pensó que tampoco le ocuparía el saber capear a un toro, que al fin saber es, y tomando lecciones de esta ciencia del mayoral y los aficionados al toreo que con frecuencia visitaban la torada, logró poseerla con rara perfección. Como viese que, gracias a ella, se había librado más de una vez de que un toro le hiciese cosquillas, se volvía lleno de emoción hacia aquel campanario negro y alto a cuya santa sombra descansaba su pobre padre, y exclamaba:
-¡Gracias, padre, pues al amor al saber que me infundiste debo el no haber quedado en las astas del toro!
Tal afición fue tomando Pepillo al toreo, que dedicaba a él todos sus ratos de ocio, y, como su amo se lo permitiese, no perdía una corrida de novillos de las que se celebraban en los pueblos cercanos de Barajas, Ajalvir, Cobeña, Algete y otros, donde hacía prodigios con su destreza táurica; pero un día se hizo estas reflexiones:
-Mi buen padre decía que el saber no ocupa lugar, y me aconsejó en la hora de su muerte que, lejos de olvidar esta máxima, la tuviese siempre presente y me guiase por ella. ¿Me he guiado por ella hasta aquí? No hay tales carneros, porque el saber que hasta aquí he adquirido se ha limitado al toreo, y el saber no se limita a esta ciencia, que se extiende a otra infinidad de

ellas. Yo quisiera ser un sábelo-todo, y donde todo se aprende es en los libros. A ver si me proporciono por ahí unos cuantos y regocijo a mi pobre padre en el cielo, o donde esté, haciéndome un pozo de sabiduría.
Apenas se había hecho Pepillo estas reflexiones, acertó por casualidad a pasar el Jarama, por la barca que está al pié de Paracuellos, uno de esos libreros ambulantes que van por los pueblos vendiendo sabiduría con los libros que, cansados de estar en casa de Navamorcuende, salen a tomar un poco el aire en las calles de Madrid y luego van a veranear en las provincias. Con las propinas con que habían recompensado sus hazañas taurinas los aficionados (con perdón de ustedes) a cuernos, así cuando visitaban la torada de casa, como en las novilladas de los pueblos, compró media docena de libros y se dedicó en aquellos campos de Dios (y de los toros bravos) a estudiar en ellos.

- II -

Un Grande de España abandonaba con frecuencia su palacio de Madrid y se iba a Algete. ¿A que no saben Vds. a qué iba? Pues iba a sacar la tripa de mal año, porque le sucedía una cosa muy rara: no podía atravesar bocado en su casa, aunque su cocinero estudiaba con el mismísimo demonio para abrirle el apetito, y en Algete comía como un sabañón del bodrio cargado de pimentón y azafrán con que se alimentaban, tumbados con él en los surcos, los trabajadores de una posesión que tenía allí.
A este Grande (que ya se conocía que lo era en su afición a hacerse pequeño) le chocaba, siempre que pasaba por la cuesta de Ibán-Ibáñez, un muchacho muy enfrascado en la lectura de algún libro, sentado en aquellos vericuetos, mientras los toros pastaban en las praderas inmediatas. Un día, en vez de continuar su camino hacia la barca, se dirigió hacia el muchacho y le llamó, deseoso de satisfacer su curiosidad. Pepillo se apresuró a bajar de los cerros, saliendo al encuentro de aquel señor con el libro bajo el brazo y el sombrero, gorra o lo que fuese, en la mano.
-Muchacho, le dijo el Grande, ¿qué es lo que todos los días lees con tanta atención en esos cerros?
-Señor, leo unos libros muy sabios, le contestó Pepillo chispeándole los ojos de admiración y entusiasmo al hablar de los libros que leía.
-¿Y lees para entretenerte o para instruirte?
-Para instruirme, señor.
-¡Hola! ¿Conque quisieras ser sabio?
-¡Vaya si quisiera!
-Pues para tu oficio no se necesita saber mucho.
-Señor, el saber en todos los oficios es bueno. Mi padre que esté en gloria decía que el saber no ocupa lugar, y tenía mucha razón.
-Ciertamente que la tenía, ¿Y tú piensas pasar la vida guardando toros?
-Si no hay otro remedio, me contentaré con eso, aunque tengo esperanzas de ser algo más.
-¿Y se puede saber qué esperanzas son esas?
-Sí, señor: las de ser torero.
-¿Y eso te parece ser algo más?
-¡Pues no me ha de parecer!
-Te equivocas, muchacho; ser torero nunca es ser algo más.
-¿Pues qué es?
-Siempre es ser algo menos.
-No le entiendo a Vd., señor.
-Cuando estudies algo más, lo entenderás.

-Pues tengo ganas de estudiar para entenderlo.
-¿Conque tienes afición al estudio?
-Mucha, señor.
-Pues si quieres estudiar, yo te costearé los estudios. ¿Qué carrera quieres seguir?
-Señor, ¿qué entiendo yo de eso? La que a usted le parezca mejor.
-¿Quieres seguir la militar?
-Esa no me hace mucha gracia. ¿Por qué?
-Porque el militar mata.
-Estás equivocado: el militar defiende.
-Bueno; pero como Paracuellos no tiene guarnición.....
-¿Quieres ser arquitecto?
-Como no se hacen casas en Paracuellos.....
-¿Quieres ser marino?
-Como no andan barcos en el Jarama.....
-¿Quieres ser médico?
-Como el de Paracuellos es tan joven.....
-¿Quieres ser cura?
-Sí, señor, porque el señor cura de Paracuellos es ya viejo y cuando se muera le reemplazaré yo.
-¡Ah, ya! ¿conque tú no quieres alejarte de Paracuellos?
-Le diré a Vd., señor: si para estudiar no tengo más remedio que alejarme, me alejaré; ¿pero alejarme para siempre? Eso no, señor; más quiero arar tierra cerca de Paracuellos que arar diamantes lejos.
-Bien, hombre, no me disgusta tu modo de pensar. Un poco exagerado es, pero ya vendrá el tío Paco con la rebaja. Algunos años después, Pepillo ya no era Pepillo; era el Sr. D. José, cura párroco de Paracuellos, cuyo curato, vacante por defunción del anciano que le desempeñaba, había obtenido apenas cantó misa.

- III -

El señor cura de Paracuellos casi no tenía pero. Aunque joven, era el cura más sabio desde Madrid a Alcalá, y en punto a virtud y celo en el desempeño de su sagrado ministerio, todo lo que se diga es poco. Haciendo prodigios de orden y economía durante sus estudios, con los ahorros de la pensión de ocho mil reales ánuos que el Grande de España le había pasado hasta que se ordenó de misa, había ayudado a su madre, de modo que ésta había vivido perfectamente y educado a los otros chicos,
Cuando D. José obtuvo el curato de su pueblo, sus hermanos no necesitaban ya de su apoyo, pues habían aprendido buenos oficios y se ganaban muy bien la vida. En cuanto a su madre, se la llevó consigo a su casita, y la buena mujer, tan curadita, tan aseada y tan guapa, reventaba de orgullo y alegría oyéndose llamar la madre del señor cura, en lugar de la tía Trifona, como la llamaban antes. Repito que casi no tenía pero el señor cura de Paracuellos: él no tenía cosa suya si los pobres la necesitaban; él era puntualísimo en lo tocante al culto, el confesonario y la administración de Sacramentos; él tenía la iglesia como una tacita de plata; él predicaba con tanta elocuencia, que las mujeres se le querían comer vivo y a boca llena le llamaban pico de oro; él era de alma tan pura y candorosa, que cuando un muchacho le confesaba que había dado un pellizco a una muchacha, le preguntaba si la muchacha se había reído o había llorado, y si le contestaba que se había reído, no le echaba por el pellizco penitencia alguna; él había conseguido a fuerza de predicar a la tabernera que la fuente del pueblo diese agua suficiente para el consumo del vecindario; él había quitado a los señores de

justicia la pícara maña de refrescar en las sesiones de ayuntamiento con vino, chuletas, jamón, cochifritos y otras porquerías por el estilo; él, en fin, era un señor cura que casi no tenía pero.

El pueblo paracuellano veía por sus ojos, porque además de todas estas buenas cualidades, tenía otra que le enamoraba, y era la afición del señor cura al toreo y su pericia en capear, picar y poner un par de banderillas con el mayor salero al toro más bravo. Ya se sabía: todos los días, después de cumplir con los deberes de su sagrado ministerio, el señor D. José había de bajar a las praderas del Jarama a entretenerse un poquito capeando o poniendo un par de varas al toro de más empuje y bravura de cuantos allí pastaban. Y el sábado por la tarde, único día en que se mataba en Paracuellos una res vacuna para el consumo del vecindario, ya se sabía también: el señor D. José había de ir al matadero a dar un pasito de muleta a la res que se iba a matar.

Pues ¡no digo nada de lo que pasaba cuando en Paracuellos había corrida de novillos, que era con mucha frecuencia, porque el pueblo paracuellano era loco (con perdón de ustedes) por los cuernos! Así que aparecía el novillo más bravo, el pueblo paracuellano mandaba una comisión al señor cura para rogarle que saliese a la plaza e hiciese alguna de las suyas. El señor cura, como era tan modesto, se ponía colorado como un tomate con el rubor que le causaban tal honra y los elogios que la comisión popular prodigaba a su valor y su destreza táurica, y después de excusarse largo rato y hacerse el chiquito, concluía siempre por acceder a las instancias del bondadoso pueblo paracuellano, y una vez en la plaza, hacía maravillas con el novillo, hundiéndose los tablados a fuerza de aplausos al señor cura, cuya destreza era tal, así en la plaza de Paracuellos como en las praderas del Jarama, que lo más, lo más, que le solía suceder, era volver al tablado o al pueblo con un siete en el pantalón por salva la parte.

Sólo un inconveniente tenía la sabiduría en el toreo del señor cura de Paracuellos, y era la envidia que los pueblos inmediatos tenían a Paracuellos por el cura que poseía, y de esto resultaba cada paliza, que se llenaba de presos la cárcel del partido. Los paracuellanos estaban tan orgullosos con el mérito táurico de su señor cura, que para ellos no valía un comino el mejor torero comparado con el señor cura de su pueblo. Iban, por ejemplo, a Algete a una corrida de novillos: un diestro aficionado o un torero de oficio hacía una suerte maravillosa, y el pueblo entero prorrumpía en vítores y aplausos; en aquel instante no faltaba un paracuellano que gritase:-« ¡Eso lo hace por debajo de la pata el señor cura de Paracuellos!» Y ya tenían ustedes armada una paliza de cuatrocientos mil demonios.

Todo eran intrigas por parte de los pueblos inmediatos para quitar a los paracuellanos su señor cura y hacerse ellos con párroco de tal sabiduría táurica; pero sí, ¡buenas y gordas! El señor cura de Paracuellos era tan amante de su pueblo nativo, y a pesar de su increíble modestia estaba tan orgulloso con el aprecio que el pueblo paracuellano hacía de su mérito tauromáquico, que ni por una canonjías de Alcalá hubiera trocado su curato de Paracuellos.

No faltaron intrigantes de Ajalvir y Cobeña que le salieron con la pata de gallo de que si había sido tolerable que cuando estudiante no abandonase su afición al toreo y hasta se enorgulleciese con los aplausos que le prodigaba el público por un salto al trascuerdo o un capeo a la verónica, tal afición y tal orgullo eran muy feos y no se podían tolerar en un señor cura párroco; pero el señor cura veía venir a los de Ajalvir y Cobeña, y los echaba enhoramala diciendo para sí:

-Señor, si es máxima universalmente admitida y sancionada que el saber no ocupa lugar, y yo sé a maravilla el difícil arte de Romero, Pepa-Hallo y Costillares, ¿a qué santo he de renunciar el cultivo de este arte tan honesto en mí, que todas las deshonestidades que me proporciona se reducen al cabo del año a media docena de sietes en el pantalón por salva la parte?

Un día el Sr. D. José, como todos los párrocos del partido, recibió una comunicación del señor cardenal arzobispo de Toledo, en que su eminencia le anunciaba que se preparaba a la santa visita de la diócesis y de tal a cual día iría por Paracuellos.
Recibir el Sr. D. José esta noticia y empezarle a temblar las piernas como campanillas, todo fue uno.
-Pero, señor, decía, ¿qué será esto? ¡Temblar yo al acercárseme un cardenal arzobispo, cuando nunca he temblado al acercárseme un toro bravo! Algo malo me va a pasar, aunque no sé por qué.
Y a todo esto, al señor cura seguían temblándole las pantorrillas, y como era tan candoroso y blanco de conciencia, ni por el pensamiento le pasaba que sus tristes presentimientos pudieran tener algo que ver con su afición (con perdón de ustedes) a los cuernos.

- IV -

Las campanas de Barajas se hacían astillas a fuerza de repicar.
El temblor de piernas volvió a anunciarle al señor cura de Paracuellos alguna desazón muy gorda.
-¡Ya pareció aquello! exclamó el señor cura al sentir aquel temblor y aquel repique, y acompañado de todo el vecindario, salió al alto de junto a la iglesia y se puso a mirar hacia Barajas, que está enfrente, cosa de media legua, al otro lado del río. Al fin un grupo de gente que rodeaba un coche apareció a la salida de Barajas, y tomó cuesta abajo en dirección a la barca de Paracuellos.
-¡Ya viene, ya viene su eminencia! gritó el pueblo paracuellano, mientras el Sr. D. José, temblándole más que nunca las pantorrillas, ordenaba al sacristán que subiese a la torre y prorumpiese en un repique de doscientos mil demontre.
El señor cura se fue a revestir para recibir al prelado en el pórtico de la iglesia, y los señores de justicia, todos arropados con capas pardas, aunque hacía un calor que se asaban los pájaros, y seguidos de casi todo el resto de sus feligreses, bajaron a recibir a su eminencia al pie de la cuesta de Paracuellos.
El señor arzobispo, así que despidió en la orilla derecha del río a los cabildos eclesiástico y municipal de Barajas, pasó la barca y fue recibido inmediatamente por los de Paracuellos. Venía bueno, aunque muy sofocado, porque era muy grueso y hacía mucho calor, y acogió con mucha benevolencia a los señores de justicia de Paracuellos, a quienes, por supuesto, dio a besar el anillo, así como a los demás paracuellanos.
La subida al pueblo es violentísima, y en su vista el señor arzobispo manifestó que, temeroso de que se estropease en ella el hermoso tiro de mulas de su coche, se determinaba a subirla a pie.
-No lo consentirnos, eminentísimo señor, le replicó el señor alcalde lleno de entusiasmo, en el que le secundaron los demás señores de justicia y el pueblo entero. Vuestra minencia subirá en coche y el pueblo paracuellano tirará de él. Yo soy el primero que voy a tener la honra de meterme en varas para ello.
Y así diciendo, el señor alcalde y los demás señores de justicia se preparaban a quitar las colleras a las mulas para ponérselas ellos, cuando el señor arzobispo se lo impidió con benévola sonrisa, diciéndoles que deseaba subir a pie y aun se proponía recorrer del mismo modo los pueblos de aquel lado del río, porque le convenía mucho hacer ejercicio a ver si así disminuía algo su obesidad.
No tuvo más remedio el pueblo paracuellano que renunciar a aquella ovación con que deseaba obsequiar al ilustre prelado; pero desde aquel momento los señores de justicia, interpretando

fielmente los sentimientos del pueblo que tan dignamente representaban, se propusieron no dejar marchar de Paracuellos al señor cardenal arzobispo sin disponer alguna fiesta notable en su obsequio.
El señor arzobispo visitó la parroquia y quedó complacidísimo del estado en que la encontró, por lo que colmó de elogios al señor cura, que, como era tan modesto, se ruborizó mucho de los piropos que le echó su eminencia, piropos que se renovaron cuando el señor arzobispo se fue luego enterando de que el señor cura tenía el pueblo como una balsa de aceite en punto a instrucción moral y religiosa.
Mientras el señor arzobispo comía y descansaba durmiendo un poco de siesta, una agitación inusitada se notaba en la casa de ayuntamiento y en la plaza. En la primera conferenciaban y daban órdenes los señores de justicia, y en la segunda se tapaban las boca-calles con carros y se levantaba una especie de tablado con maderos y triíllos.
Los señores de justicia, presididos por el señor alcalde y de toda gala, es decir, todos encapados, aunque ardían las piedras, salieron de la casa consistorial y se dirigieron a la del señor cura, donde se hospedaba el señor cardenal arzobispo, que los recibió con su habitual benevolencia.
El señor alcalde, que no tenía nada de cobarde, particularmente cuando, como entonces sucedía, había tirado unos cuantos buenos latigazos al morenillo de Arganda, fue quien, naturalmente, tomó la palabra diciendo:
-Minentísimo señor: el pueblo paracuellano, de quien semos dinos representantes, está namorao del aquel con que vuestra minencia le ha dao a besar la sortija piscopal, y su dino ayuntamiento, discrismándose por encontrar modo y manera de osequiar a vuestra minencia, ha descutido y conferido lo más conviniente a amas a dos magestades devina y humana, y ha encontrado que naa mejor que una corría de novillos, máisime que
Paracuellos tiene pa eso una alhaja que le envidian toos los pueblos de la reonda, porque ellos la tendrán en lo cevil, pero en lo clesiástico como la tiene Paracuellos, no ¡voto va bríos!
Y así diciendo, el señor alcalde entusiasmado dio en el suelo con la contera de la vara con tal fuerza, que hizo ver las estrellas y soltar un ¡por vía de Cristo padre! al señor procurador síndico que estaba a su lado y a quien le dejó un dedo del pie despachurrado dentro de la alpargata.
El señor cardenal arzobispo, a pesar de toda su gravedad, no pudo menos de tumbarse de risa en el sillón donde estaba repantigado escuchando la arenga.
-Veamos, señor alcalde, preguntó al fin dominando la risa, qué alhaja eclesiástica es la que tienen ustedes para amenizar las corridas de novillos.
-¡Qué alhaja ha de ser, minentísirno señor, sino nuestro señor cura, que se pasa por debajo de la pata a todos los toreros de Madril!
-¿Y quién les ha dicho a Vds. eso?
-Naide, minentísimo señor, que too el lugal lo está viendo toos los días.
-¿Y dónde lo ve?
-Lo ve en la orilla del Jarama, en el matadero y en la plaza del lugal siempre que hay novillos.
-¿Pero el señor cura sale a lidiarlos?
-¿Que si sale? Já, já, ¡qué atrasaa de noticias está vuestra minencia! Esta tarde mesma se verá si hay en el mundo, con ser mundo, quien salte al trascuerno o ponga un par de banderillas con tanta sal y salero como el señor cura de Paracuellos.....
El señor cardenal arzobispo, que se había ido poniendo serio y triste conforme hablaba el alcalde, interrumpió a este diciéndole:
-Bien, bien, señor alcalde, tengan Vds. la bondad de retirarse para que yo pueda pensar si debo o no aceptar el obsequio que Vds. me ofrecen y que de todos modos agradezco mucho.

Los señores de justicia se retiraron, y el señor cardenal arzobispo llamó al señor cura, que, ocupado en sus rezos, no había presenciado aquella singular audiencia, y que, a pesar de que de nada le remordía la conciencia, sintió que volvían a temblarle las pantorrillas.

- V -

-Señor cura, siéntese Vd. aquí, a mi lado, dijo el señor cardenal arzobispo con una mezcla de bondad y severidad que alarmó un tanto al señor cura, a pesar de lo muy tranquila que éste tenía siempre la conciencia.
-Gracias, eminentísimo señor.
-No hay de qué darlas, señor cura. Dígame usted: ¿es verdad, como me han asegurado, que es Vd. peritísimo en el toreo?
-Es favor que me hacen sin merecerlo, eminentísimo señor, contestó el señor cura bajando los ojos y ruborizándose por efecto de su natural modestia.
-De seguro que los que me lo han dicho no le han hecho a Vd. favor alguno, sino, por el contrario, y quizá sin querer, un gran agravio.
Conque vamos, señor cura, ¿qué hay de cierto en lo que me han asegurado?
-Lo que hay de cierto, eminentísimo señor, es que no paso de un simple aficionado al toreo.
-¿Y hasta dónde lleva Vd. esa afición?
-No pasa, eminentísimo señor, de bajar por las tardes a divertirme un rato orillas del Jarama capeando algún toro bravo, entretenerme el sábado en el matadero dando algunos pases a la res que se va a matar, poner algunos pares de banderillas cuando hay corrida de novillos en el pueblo, y si la hay de muerte trastearle y despacharle de un mete y saca
recibiendo.
El señor cardenal arzobispo, cuyo rostro se había ido encendiendo de indignación mientras hablaba el señor cura, que lo atribuía a entusiasmo táurico de su eminencia, se levantó, exclamando con severidad:
-Basta, señor cura, que no necesito saber más para decir que Vd. es indigno de ejercer la cura de almas que le está encomendada.
-Eminentísimo señor!.. balbuceó el señor don José, temblándole, no ya las pantorrillas, sino todo el cuerpo.
-Nada me replique Vd. Toda la satisfacción que me había causado la conducta de Vd. como párroco, queda anulada y desvirtuada con su conducta de Vd. como aficionado al toreo, y desde hoy tengo a bien retirarle a Vd. las licencias para ejercer el ministerio sacerdotal.
-¡Perdón, eminentísimo señor! exclamó don José queriendo arrodillarse bañado en lágrimas a los pies del príncipe de la Iglesia; pero éste se mostró inflexible con él, y disgustado de haber tenido que reconvenir y castigar allí donde había creído tener solo que elogiar y premiar,
determinó pasar inmediatamente a Ajalvir en vez de pernoctar en Paracuellos, como había pensado.
Pronto se divulgó por el pueblo la triste noticia de que el señor cardenal arzobispo había retirado al señor cura las licencias de celebrar misa y confesar, por su afición al toreo, y que su eminencia abandonaba aquella tarde a Paracuellos.
Todo el pueblo se llenó de pena, y no se oían más que lloriqueos en las casas y en las calles.
-¡Y yo, exclamaba el señor alcalde desesperado, y yo que he sido quien sin querer ha dilatao al señor cura!!...
Inútil fue que el ayuntamiento y comisiones de las clases más respetables del pueblo paracuellano se presentasen al señor cardenal arzobispo en súplica de que dejase sin efecto la retirada de licencias eclesiásticas al señor cura: el señor cardenal arzobispo continuó inflexible, contestando que por más que lo sintiese, era en él deber de conciencia el no

consentir que un sacerdote degradase y ridiculizase su sagrado ministerio con aficiones y ejercicios tan contrarios y opuestos a su augusta gravedad como el ejercicio del toreo.
Su eminencia partió en efecto de Paracuellos aquella misma tarde, y el pueblo paracuellano en masa quedó firmemente dispuesto a mover cielo y tierra para vencer el rigor del señor cardenal arzobispo.
En cuanto al señor cura y su desconsolada señora madre, ni aun tuvieron valor para salir a despedir a su eminencia, tomando parte en el coro de llanto y súplicas con que salió a despedirle todo el pueblo: ambos quedaron en casa llorando y pidiendo al milagroso Santo Cristo de la Oliva (muy venerado de todos aquellos pueblos a pesar de ser de Cobeña) que ablandase el corazón del señor cardenal arzobispo.

- VI -

El señor cardenal arzobispo había pernoctado en Algete después de visitar los pueblos de toda aquella banda izquierda del Jarama, y se disponía a volver a Madrid para descansar algunos días y continuar la visita por su dilatada diócesis.
Inútiles habían sido todos los empeños y súplicas con que en nombre del pueblo paracuellano, le habían importunado las personas más respetables de aquella comarca para que devolviese las licencias eclesiásticas al señor cura de Paracuellos, que aparte de su pícara afición al toreo, era, según le decían todos, un sacerdote ejemplar: el señor cardenal arzobispo había continuado inflexible, contestándoles con un dixi.
El señor cura de Paracuellos y su señora madre, poniendo ya solo en Dios su esperanza, se dirigieron a Cobeña antes de salir el sol, sin más objeto que oír una misa en el altar del Santo Cristo de la Oliva, y pedir a este milagroso Señor que el señor cardenal arzobispo de. Toledo perdonase al sacerdote castigado y ya profundamente arrepentido de sus faltas.
Cuando ya habían oído la misa y orado larga y entrañablemente y se disponían a volver a Paracuellos, oyeron repicar las campanas de Cobeña: era que el señor cardenal arzobispo, de regreso de Algete, que dista de allí media legua, entraba en la villa de paso para Madrid.
Creyendo la anciana y su hijo que por permisión de Dios tropezaban allí con el primado de las Españas y debían aprovechar aquella ocasión para dirigirle personalmente sus súplicas, le salieron al encuentro junto a la fuente que está a la entrada del pueblo, y se arrodillaron a sus pies anegados en lágrimas.
El señor cardenal arzobispo les dio a besar el anillo y los levantó amorosamente no menos conmovido que ellos, pero, haciendo un penoso esfuerzo sobre su voluntad de hombre para no someter a ella su voluntad de prelado, volvió a negar al pobre señor cura la gracia que éste le pedía, y atravesando la población, sin detenerse apenas en ella, la barca de Paracuellos.
El cura y su anciana madre le siguieron tristemente, la anciana ocultando a su hijo las lágrimas con el rebozo de su mantilla de franela, y el cura ocultando a su madre las suyas con el embozo de su capa.
El señor cardenal arzobispo y su comitiva tomaron la cuesta de Ibán-Ibáñez, que termina en las praderas del Jarama, por entre las cuales y el cerro de Paracuellos hay que caminar un buen rato para llegar a la barca donde esperaba al cardenal arzobispo el coche.
El señor cura y su señora madre estuvieron a punto de dirigirse al pueblo por los cerros en vez de bajar a las praderas; pero yo no sé qué corazonada le dio al señor cura, que dijo a su madre:
-Madre, vámonos por abajo.
En el momento en que el cardenal arzobispo y su acompañamiento ponían el pie en la pradera, un toro de una torada que pacía mucho más arriba a la orilla del río, y que no había quitado

Librodot

ojo del señor cardenal desde que este asomó por lo alto de la cuesta con su traje encarnado, partió como una centella praderas abajo, sin que bastaran a detenerle los esfuerzos que para ello hacían los vaqueros.

El señor cardenal y su acompañamiento, viendo que el toro se les venía encima como una furia infernal, apretaron el paso llenos de espanto; pero el toro avanzaba en un segundo más que ellos en un minuto. Viéndole ya encima, los de la comitiva, llenos de terror, treparon a los cerros; pero el señor cardenal, como era tan grueso, resbaló y rodó al suelo apenas lo intentó y no tuvo más remedio que seguir pradera abajo pidiendo, espantado, socorro, primero a los hombres y después a Dios.

Ya sentía a su espalda las pisadas y los furiosos resoplidos de la fiera, y encomendaba su alma a Dios creyendo llegado el momento de entregársela, cuando de repente le pareció que los pasos y los resoplidos del toro se desviaban algo de él, y entonces volvió la vista y lanzó un grito de esperanza y agradecimiento.

Era que el señor cura de Paracuellos, al ver al señor cardenal arzobispo en aquel terrible trance, se había lanzado a la pradera por un atajo de los que él conocía perfectamente, y saliendo al encuentro del toro en el momento en que éste casi tocaba con sus terribles astas al cardenal, le había tendido la capa, y con admirables quiebros y capeos le desviaba del blanco (o mejor dicho encarnado) de sus iras, y daba tiempo a que llegaran los vaqueros armados de fuertes picas, como en efecto llegaron e hicieron a la fiera tornar praderas arriba a reunirse con la torada.

El señor cardenal arzobispo, llorando de alegría y agradecimiento, abrió sus brazos a su salvador y le estrechó en ellos, exclamando:

-Señor cura, este peligro en que me he visto, y esta salvación que a Vd. debo, son un milagro con que Dios ha querido castigar mi escesiva severidad para con Vd., y mostrarme cuán digno es Vd. de mi indulgencia. Como hombre le daré a usted cuanto me pida, y como arzobispo de Toledo le devuelvo inmediatamente las licencias eclesiásticas que le había recogido.

-¡Gracias, eminentísimo señor! exclamó el señor cura arrodillándose anegado en lágrimas de gratitud y consuelo a los pies del arzobispo, que se apresuró a alzarle, diciéndole:

-No me dé Vd. gracias, señor cura, déme usted únicamente palabra de que no volverá nunca a degradar el manto del sacerdote tendiéndole a los pies de una fiera irracional.

-Eminentísimo señor, contestó el señor cura con toda la efusión de su alma, yo prometo a vuestra eminencia por mi fe de sacerdote y mi honra de hombre, que sacrificaré mi vida, si es necesario, al cumplimiento de esta promesa solemne que a vuestra eminencia hago.

Poco después el señor cura de Paracuellos y su señora madre subían la cuesta de la barca y otro poco después, cuando el señor cardenal arzobispo se alejaba camino de Barajas, las campanas de Paracuellos se hacían astillas a fuerza de repicar, y el pueblo paracuellano, congregado en el alto de junto a la iglesia, se volvía ronco a fuerza de dar vivas al señor cardenal arzobispo de Toledo y al señor cura de Paracuellos.

- VII -

Habían pasado ya muchos años. La señora madre del cura de Paracuellos, que lo era aún el Sr. D. José, dormía ya en el camposanto a donde había ido a parar amada y bendecida del buen pueblo paracuellano, después de haber pasado la vejez más dichosa que mujer había pasado en Paracuellos.

El Sr. D. José, que no era aún viejo, estaba hermosote y sano. Una tarde le dijeron que en la casilla de un melonar de la ribera del Jarama había caído gravemente enferma una pobre anciana, y se fue a verla, porque es de saber que los ocios que en otro tiempo dedicaba al toreo, los dedicaba desde lo de marras al estudio de la medicina casera, persuadido ya de que

si bien es cierto que el saber no ocupa lugar, este saber ha de ser el verdaderamente útil y no el nocivo o cuando menos fútil, como el táurico, que es nocivo o fútil casi siempre, y si es útil alguna vez (como se lo fue a él una), es porque todas las reglas tienen excepción y no conviene que el hombre se rompa la cabeza adquiriendo saber cuya utilidad solo se funde en la excepción.

Volvía el Sr. D. José de visitar a la pobre enferma, a la que había dejado muy consolada con unas medicinas caseras, unos reales y unos consejos, cuando al atravesar las praderas se vio de repente acometido de un furioso toro que estaba escondido y como en acecho detrás de un zarzal.

Corrió, corrió el Sr. D. José perseguido por el toro, y cuando éste se le echaba encima, llevó la mano a aquel mismo manteo con que con la mayor facilidad había salvado al señor cardenal arzobispo de Toledo; pero como si el manteo hubiese quemado su mano, le soltó, y un minuto después el pobre Sr. D. José estaba tendido en la pradera con el manteo en los hombros y el pecho abierto de una cornada.

Esta es la historia del señor cura de Paracuellos, cuya canonización no ha solicitado ya el pueblo paracuellano temeroso de que la gente aficionada (con perdón de Vds.) A cuernos, salga luego con la pampringada de que también ha habido un torero santo.

FIN DEL CURA. DE PARACUELLOS.

El modo de dar limosna

- I -

Una tarde íbamos en la diligencia de Bilbao a Durango un señor cura, un aldeano y yo. El señor cura era lo que se llama un bendito, porque con el candor y el buen corazón suplía lo mucho que le faltaba de talento y perspicacia. El aldeano era más hablador que el mus y más agudo que lengua de envidioso. Y yo era un curioso observador que, aunque parezca que mira al plato, mira a las tajadas, es decir, que cuando parece que sólo piensa en los cuentos y anécdotas populares que escucha, piensa en la filosofía que aquellos cuentos y anécdotas encierran.

Como Vizcaya no tiene más que diez y seis o diez y siete leguas de largo y once o doce de ancho, y la población apenas se interrumpe y está toda ella cruzada de carreteras y casi todos los vizcaínos nos reunimos con frecuencia en los mercados de las villas, y en las romerías, y en las ferias, y en las juntas generales de Guernica, donde hace más de mil años nos gobernábamos libremente y sin ocurrírsenos si éramos liberales o dejábamos de serlo, todos nos conocemos, y por donde quiera que vayamos vamos entre amigos, o cuando menos entre conocidos. Así era que el señor cura, el aldeano y yo íbamos conversando como amigos, a lo que contribuía también la rarísima circunstancia de ir solos en la diligencia, que casi siempre va atestada de gente.

Siempre que la diligencia se detenía o acortaba el paso al emprender una cuesta, se subía al estribo algún mendigo a pedirnos limosna, porque si los vascongados rarísima vez mendigan ni en su tierra ni en la ajena, en cambio las Provincias Vascongadas son la tierra de promisión para los de otras más infortunadas.

El aldeano y yo dábamos limosna a todos los pobres; pero el señor cura, después de llevarse la mano al bolsillo del chaleco, la retiraba como arrepentido de su buena intención, y era el único que no daba limosna.
Estrañábamos mucho esto, porque sabíamos que en su aldea no había necesitado que no le encontrara dispuesto a socorrerle, y el aldeano empezó a echarle en cara aquel proceder con indirectas del padre Nuño, que a la mano cerrada llamaba puño.
El señor cura no se daba por entendido de estas indirectas, que seguramente eran demasiado sutiles para que pudiera pescarlas su inteligencia, y entonces el ladino aldeano se quitó de rodeos y fue derecho al bulto.
-Señor cura, ¿sabe Vd. lo que le digo?
-¿Qué?
-Que de nosotros tres, Vd. es el único que falta a alguna obra de misericordia, siendo precisamente el más obligado a practicarlas.
-¿Y a qué obra de misericordia falto yo?
-A la que manda socorrer al necesitado. Supongo que cuando un pobre le pide a Vd. limosna, y después de llevarse la mano al bolsillo, se arrepiente y la retira vacía, no estará Vd. pensando en lo que D. Antonio y yo pensamos.
-¿En qué piensan Vds.?
-En que la mujer y los hijos comen como sabañones.
-Claro está que no pienso en eso.
-Pues entonces, ¿en qué piensa Vd.?
-Hombre, pienso en que si es muy santo dar limosna a los necesitados, es gran cargo de conciencia darla a los viciosos. Casi todos esos vagabundos que piden limosna son unos viciosos y holgazanes, que por serlo viven así.
-Todos no lo serán.
-No he dicho que lo sean todos, sino casi todos.
-Pues no hemos visto que haya dado Vd. limosna a ninguno.
-Cierto, y harta pena me da el pensar que para no favorecer a viciosos, tengo que dejar de socorrer a necesitados; pero ¿cómo se las ha de componer uno para evitar este inconveniente?
-¿Cómo? Yo se lo diré a Vd.: imitando, en busca del bien, lo que Herodes hizo en busca del mal.
-No le entiendo a Vd.
-Lo creo, señor cura, pero yo buscaré modo de que Vd. me entienda.
-¿Y cómo?
-Contándole a Vd. un cuento.
-Pues venga, y así mataremos el tiempo.
-Y aprenderemos, añadí yo; que los cuentos siempre enseñan algo cuando el que los cuenta no es tonto, cosa que no es de temer del señor. El aldeano, que hacía rato preparaba la pipa, la encendió con la maestría que en pocos años han adquirido los campesinos en servirse de las cerillas fosfóricas (por aquí no se gastan fósforos de cartón ni yesca), aunque el viento sople como un demonio, y chupa que chupa nos contó lo siguiente:

- II -

«Hay en Abadiano un tal Chomin que ha hecho una fortuna bárbara con su devoción a una porción de santos y santas.
De recién casado no tenía más bienes que su mujer y una perra; pero le ocurrió echarse por protectores perpetuos a San Isidro, patrón de los labradores; a San Antonio Abad, abogado de los animales; a San Roque, enemigo de la peste; a San Cosme y San Damián, médicos

celestiales; a Santa Lucía, protectora de la vista; a Santa Bárbara, enemiga de rayos y centellas, y otro sin fin de santos y santas, a quien obsequiaba todas las noches con su correspondiente Padre nuestro y Ave-María a cada uno, y lo cierto fue que encontró en ellos una mina, porque desde entonces empezó a prosperar, y prosperar fue que a la vuelta de pocos años se hizo con la mejor casa y hacienda de la barriada de Gaztélua.

En casa de Chomin no se ha conocido siquiera un dolor de cabeza; el trigo que generalmente da en Vizcaya diez y seis fanegas por cada una de semilla, le da a Chomin de veinte a venticuatro; el maíz, que a casi todos les da treinta por una, a Chomin le da cuarenta, jamás se le ha desgraciado a Chomin una res; aunque tiene muchas, y cuando la tempestad se forma en las alturas de Gorbea y Amboto y baja echando centellas hacia

Abadiano, tiene siempre buen cuidado de dar un rodeito para no pasar por encima de la casería y las heredades de Chomin.

Chomin tenía un criado que se llamaba Peru, a quien había prometido casar con su hija Mari-Pepa, de quien Peru estaba enamorado, y en verdad que no sin motivo, porque la chica era de la mejor que se presentaba los domingos en el baile de la plaza de Abadiano.

Peru era trabajador y honrado como el primero; pero era muy corto de memoria, y por consecuencia, de entendimiento; como que se contaba de él, entre otras cosas no menos chirenes(2), que habiéndole dicho su amo, un día que Peru subía a San Antonio de Urquiola, que diera un beso de su parte a Aitá San Antonío(3), en lugar de dar el beso a San Antonio Abad, se le dio al cerdo que acompaña al santo. Pero a pesar de esto, si él estaba enamorado de Mari-Pepa, aun más lo estaba Mari-Pepa de él, porque ya se sabe lo que son las mujeres: por pobre, por feo o por malo, podrán no querer a un hombre; pero por falta de talento, no dejan nunca de quererle.

Una noche, víspera de Santiago, después de rezar toda la familia bajo la dirección de Chomin el Santo Rosario y otro Rosario de Padre nuestros y Ave-Marías por los santos y santas protectores de la casa, Chomin dijo a Peru:

-Oye, Peru, mañana empieza la feria de Basurto y pienso ir por allá a ver si compro un par de novillos para irlos criando y domando a fin de que cuando tú y Mari-Pepa os caséis, llevéis una buena pareja, porque ya es cosa de ir pensando en acomodaros.

Peru y Mari-Pepa al oír esto se pusieron rojos como las cerezas de Moñaria y se miraron chispeándoles de alegría los ojos, como diciéndose mutuamente:-¡Ay, qué ganillas tengo de pescarte!

Chomin continuó:-Me estaré por allá lo menos un par de días, porque mientras no encuentre un par de novillos que prometan ser la gala del Duranguesado, no vuelvo. Es menester, Peru, que entretanto hagas tú mis veces todas las noches dirigiendo el Rosario y cuidando muchísimo de rezar su correspondiente Padre nuestro y Ave-María a cada uno de los santos y santas que nos protegen.

-Pierda Vd. cuidado, contestó Peru, que maldita la falta hará Vd. a ninguno de esos santos.

-Así lo espero, Peru; pero te repito que tengas muchísimo cuidado de que ningún santo ni santa se te escape sin su correspondiente Padre nuestro y Ave-María, porque ya ves, Peru, lo mucho que les debemos. Mi mujer y yo no teníamos más que un trapo delante y otro detrás cuando nos los echamos de protectores, y hoy.....¡Flojo pucherete de onzas de oro, más relucientes que el sol, saldrá de entre la basura de la cuadra el día que Mari-Pepa y tú os caséis! Figúrate tú que se te escapa, por ejemplo, Santa Bárbara sin su correspondiente Padre nuestro y Ave-María y estalla una tempestad.....¡Jesús, solo de pensarlo, como dijo el otro, las tiemblas me piernan! Vamos a ver, Peru, si te sabes de cabeza todos los santos y santas a quienes has de rezar todas las noches su correspondiente Padre nuestro y Ave-María. Peru recitó el nombre de todos los santos y santas protectores de la familia bastante a satisfacción de Chomin, y éste acabó de encarecerle la fidelidad en el cumplimiento de su encargo,

amenazándole con que no sería yerno suyo si dejaba escapar algún santo o santa sin su correspondiente

Padre nuestro y Ave-María, lo cual había de conocer él desgraciadamente en el contratiempo, que no dejaría de sobrevenir por tal descuido a la familia, a la casa, a las heredades o al ganado.

La mañana siguiente, así que oyó misa primera en San Torcuato de Abadiano, tomó Chomin el camino de la feria, seguro ya de que Peru no había de dejar escapar a ningún santo ni santa sin su correspondiente Padre nuestro y Ave-María.

Tan a pecho tomó Peru el encargo y sobre todo la amenaza, que se pasó toda la noche y la mañana siguiente cavila que cavila a fin de encontrar medio seguro de que no se le escapase ningún santo ni santa sin su correspondiente Padre nuestro y Ave-María; pero no daba con aquel medio por más que se calentaba los cascos. Y el asunto era para cavilar, porque, lo que Peru decía: «Yo me sé como un papagayo los nombres de todos esos santos y santas; pero como son veinticinco y la madre, ¿cómo evito yo que se me escape alguno sin su correspondiente Padre nuestro y Ave-María y se lleve la trampa mi casamiento con Mari-Pepa? ¡Cuidado que sería gaita que tal cosa sucediese, porque lo que es compañera como Mari-Pepa, no la encuentro yo a tres tirones, y luego Chomin no nos echa de casa sin un buen arreo, una buena pareja de bueyes y quinientos ducados de dote!

A la caída de la tarde, todo Dios bailaba al son del tamboril o del albogue en la plaza de Abadiano, menos Peru y Mari-Pepa. Peru estaba sentado, cavila que cavila, en aquellos derrumbaderos, antes enmarañados de zarzas y árgomas, que dan sobre la plaza y que Miota ha convertido en hermosos y fértiles viñedos donde Vd., D. Antonio, suele ser pájaro que picotea las uvas más doradas.

Y Mari-Pepa estaba en la plaza sentada junto a la fuente sin querer bailar con nadie y llena de tristeza por las cavilaciones de Peru, de quien estaba enamorada como una tonta.

De repente lanzó Peru un grito de alegría, y, bajando a escape a la plaza, sacó a Mari-Pepa al corro y bailó con ella el árin-árin más loco que se ha bailado, desde Zornoza a Elorrio y desde Ochandiano a Mallabia, donde se bailan de padre y muy señor mío.

Era que ya había dado con un medio infalible de que no se le escapase santo ni santa de la corte celestial sin su correspondiente Padre nuestro y Ave-María.»

-¿Y qué medio era ese? preguntamos llenos de curiosidad el señor cura y yo.

-Uno muy sencillo, contestó el narrador. Así que Peru rezó el Rosario acompañado de la familia, pasó a rezar el correspondiente Padre nuestro y Ave-María a cada santo y santa de los que Chomin se había echado por abogados, y en seguida, por si acaso se le había escapado alguno, rezó.....¿a quién se figuran Vds. que rezó?

-¡Vaya Vd. a saber a quién!

-Pues rezó a todos los santos y santas de la corte celestial y siete leguas a la redonda, por si acaso había salido alguno de paseo.

El señor cura soltó una carcajada al oír esto, no tanto porque le hiciese gracia el cuento como de alegría y satisfacción Porque había comprendido la lección del aldeano, reducida a esto: el medio infalible de no privar de limosna a ningún mendigo verdaderamente necesitado, consiste sencillamente en dársela a todos los que la piden.

Esta moraleja es buena, pero todavía pudiera ser mejor dándole mayor amplitud, porque en el cuento hay tela para eso y mucho más. Vaya de ejemplo. el medio infalible de ser uno cortés, caritativo, generoso y justo con todos los que lo merecen, consiste sencillamente en serlo con todos.

Dos o tres pobres nos pidieron limosna al apearnos de la diligencia en Durango, y el primero que se la dio fue el señor cura. Como viésemos que éste permanecía al pie de la diligencia con los dedos índice y pulgar de la mano derecha en el bolsillo del chaleco, le preguntamos:

-Señor cura, ¿a quién espera Vd.?
-Espero, nos contestó sonriendo plácidamente, a todos los pobres de Durango y siete leguas a la redonda por si acaso ha salido alguno de paseo.

FIN DEL MODO DE DAR LIMOSNA.

La paliza

- I -

¿Recuerdas, querido Eduardo, cuánto nos moian pidiéndonos que les contásemos cuentos tu hija y la mía el invierno pasado cuando se reunían en tu casa a jugar y diablear? Yo no he podido menos de recordarlo al recibir una carta tuya en que, con el imperio que te da nuestro cariño, me mandas que te cuente un cuento. ¡Hola! ¿Conque gustas de cuentos, como tu María y mi Ascensión? No lo estraño, porque, a pesar de tu grave y viril inteligencia, tienes el corazón de un niño.
Allá te va un cuento, y no me atrevo a decir el cuento que me pides, porque supongo que el que me pides es bueno y el que te envío es malo.
Hay en las Encartaciones de Vizcaya un hermoso valle que tú y yo queremos y debemos querer porque hay en él quien todos los días sea acuerda de nosotros. ¿Te acuerdas de aquella iglesia que se alza al estremo septentrional del valle en un bosque de castaños, robles y nogales? ¿Te acuerdas de aquella casería que blanquea en un bosquecillo de frutales en una colina que domina a la iglesia? ¿Te acuerdas, en fin, de aquella angosta y profunda garganta por donde, a la sombra de los robledales y los castañares, desaparece, dirigiéndose al mar cercano, el río que fertiliza las verdes heredades del valle? Pues si te acuerdas de todo esto, tenlo presente mientras lees esta narración, que en el pórtico de aquella iglesia, en aquella colina y en aquella garganta pasó lo que te voy a contar, según las buenas gentes del valle aseguran.

- II -

En un libro que anda por esos mundos con el nombre, no muy original, pero sí un tanto apropiado, de Cuentos de varios colores, he dado noticias circunstanciadas de un pobre molinero que con el sobrenombre de Séneca adquirió cierta celebridad en las Encartaciones a fines del siglo pasado. Séneca no era ciertamente ningún Séneca, ni sus contemporáneos le tenían por tal, como lo prueba el cuidado que tuvieron de plantarle el acento en la segunda sílaba de su apodo y no en la primera; pero tenía alguna afinidad intelectual con el filósofo cordobés, como lo hace sospechar la afinidad eufónica que hay entre Séneca y Séneca.
Séneca vivía en un molino cuyas ruinas se ven aún en la garganta por donde corre al mar el río que fertiliza el valle donde hay quien todos los días se acuerda de nosotros.
En la colina de la casa blanca a cuyo pie, como sabes, empieza la garganta donde estaba el molino de Séneca, vivía un pobre hombre a quien llamaban Angelote, no tanto porque le habían puesto el nombre de Ángel en la pila bautismal, como porque era extremadamente candoroso y bonachón.
Todos los días festivos, así que oían el primer toque de misa, salían, Angelote de su casería y Séneca de su molino, con la chaqueta al hombro, la pipa en la boca y el palo de acebo en la mano, y tomaban, el primero colina abajo y el segundo río arriba, el camino de la iglesia.

Reuníanse en el castañar que estaba al pie de la colina, y allí entablaban diálogos del tenor siguiente:
-Hola, Séneca.
-Hola, Angelote.
-Tú tendrás buen tabaco, ¿eh?
-Fuerte como Brasil.
-Pues dame una pipada, que el mío parece paja.
-Allá van aunque sean dos.
Y Séneca alargaba a Angelote o Angelote a Séneca una bolsa de piel de perro arrollada y rodeada con una correa a cuyo estremo había un punzoncillo de hueso, y preparadas y encendidas las pipas, continuaban castañar arriba tirando tan fuertes chupadas, que el humo de las pipas salía por entre el ramaje como si en el castañar hubiese alguna oya, o, lo que es lo mismo, algún montón de leña carbonizándose.

- III -

Una mañana, según costumbre, se reunieron Séneca y Angelote en el castañar poco después de sonar el primer toque de misa. La mañana, aunque de invierno, era hermosa, pues el cielo estaba rámpio, como allí dicen, el sol brillaba en todo su esplendor, y la temperatura era suave, cosa muy común en Vizcaya y particularmente en la costa, donde apenas se conoce el frío ni el calor. Sin embargo, Angelote traía la cara desabrida y triste y la pipa no humeaba en su boca.
Estrañó Seneca esta última circunstancia, y apenas se saludaron le alargó su bolsa del tabaco para que echase una pipada.
-Soliman de lo fino es lo que yo fumaría para reventar, dijo Angelote rechazando la bolsa.
-¿Pues qué es lo que te pasa? le preguntó Séneca.
-Que este año, como el pasado, tendré que hacer la layada solo, a pesar de que tengo una mujer y unos hijos más fuertes que el Fuerte de Ocharan.(4)
-Pues óyeme atento, que te tiene cuenta el oírme, dijo Seneca. Compré yo una burra en la feria de la Arceniaga.....
-Déjame de burras, que bastante burro soy yo, según las cargas que soporto, le interrumpió Angelote, mal humorado, creyendo que en lugar de darle algún consejo que le consolase e iluminase, variaba de conversación; pero Séneca continuó como si no se le hubiese interrumpido:
-El animal era hermoso, y enamorado yo de él, le compré el aparejo más rumboso que encontré en la feria, le puse a doble pienso para que engordara y juré no darle un palo para que no se le estropeara el pelaje.
La burra estaba que era cosa de bendecir a Dios al verla; pero no tardé en conocer que ni mis veceras ni yo habíamos ganado con la compra de tan hermoso animal, porque todo lo que tenía la burra de gorda y lucida, tenía de floja; tanto que en echándole encima un zurrón de fanega, se le blandeaban las piernas, y en dos o tres días no había que contar para nada con ella.-¡Malo va esto! dije yo un día en que me vi obligado a reemplazar a la burra cargando con los zurrones que esperaban con impaciencia las veceras; malo va esto si no le pongo remedio, y ello necesito ponérsele, que si no se dirá con razón que soy más burro que la burra. Cavilé un poco aquella noche, y el resultado de mis cavilaciones fue que debía acortar la ración a la burra y ayudarla a subir las cuestas con una buena vara de
avellano.
-¡Sí, bastante adelantarías con eso!

-¿Que no adelanté? La burra, que cuando estaba como una pelota no podía con una fanega de cevera, hoy, que está como una pescada, puede con dos. Conque aplica el cuento, Angelote.
-No hay aplicación que valga. ¡Qué tienen que ver los burros con las personas!
-No hay persona que no tenga algo de burro.
-¿En el cuerpo o en el entendimiento?
-En el entendimiento o en el cuerpo.
-Maldito si te entiendo.
-Prueba de que no es en el cuerpo donde tú lo tienes.
En esta conversación llegaron Seneca y Angelote al pórtico de la iglesia, donde ya estaban reunidos muchos de sus convecinos. Poco después sonó el último toque y entraron todos a misa.
Mientras ésta se celebraba, una pasiega, tendera ambulante, llegó al pórtico y estendió sobre un poyo sus mercancías, que consistían en pañuelos, percales, cintas y juguetes de niños.
Al salir las gentes de misa, muchas mujeres y algunos hombres, entre ellos Angelote, rodearon a la pasiega, unos solo para ver y otros para comprar.
-Vamos, ¿no me compra un pañuelo de estos para la mujer, que como es tan guapetona estará con él que se le caerá a Vd. la baba? preguntó a Angelote la pasiega estendiendo delante de él un pañuelo de muchos ringorrangos y colorines.
No necesitaba Angelote que su mujer se pusiera aquel pañuelo para que se le cayese la baba, que ya se le caía solo con haber dicho la pasiega delante de tanta gente que su mujer era guapetona.
Que si me le das en tanto, que si te le doy en cuanto, Angelote compró al fin para su mujer el pañuelo que la pasiega le ofrecía; y no contento con esto, compró también sendas pelotas para sus hijos.
-¿Qué te parece este pañuelo que he comprado para mi mujer? preguntó a Seneca.
-Me parece, le contestó éste, el aparejo que yo compré en la feria para mi burra.

- IV -

El pobre Angelote era verdaderamente pobre, porque mientras él echaba el cuajo trabajando solo en las heredades que rodeaban la casa blanca, sus hijos, que ya eran bastante talluditos para manejar un par de layas entre su padre y su madre, bajaban a jugar a la pelota y los bolos en torno de la iglesia, y su mujer, tan fresca como una lechuga, andaba de mercado en mercado y de romería en romería. Seneca, que era el mismo demonio para observar y satirizar, observó
cuatro domingos seguidos al ir a misa que a Angelote se le reían los calzones por la parte más seria, y observando el quinto domingo que a pesar de ser negros habían sido cosidos con hilo blanco, teniendo además puntada de mortaja de suegra, se puso a cantar con una sonrisa que frió la sangre a Angelote:

Tengo que tengo
la camisa cosida
con hilo negro.

Angelote, que si en sus accesos de melancolía renegaba de su mujer, la quería lo bastante para sacar la cara por ella en los demás casos, preguntó, a Seneca algo incomodado:
-¿Y a qué santo viene ahora ese cantar?
-¿Y a qué viene el hilo blanco en la tela negra? le preguntó a su vez Seneca.

-Yo te diré.....
-No, quien puede decírmelo es tu mujer.
-Pues estás equivocado, que he sido yo y no mi mujer quien ha cosido esto.
Seneca no tuvo valor para seguir chungándose con un hombre tan desgraciado que teniendo mujer necesitaba coserse por sí mismo los calzones, y en el fondo de su corazón formó en aquel instante el propósito de hacer cuanto estuviera a su alcance para corregir el desgobierno de que era víctima su amigo y convecino.
Pocos días después subía Seneca la cuesta de la casa blanca arreando varazos a su burra cargada de zurrones, entre ellos el de casa de Angelote.
Angelote estaba trabajando como un negro en una heredad rodeada de manzanos, mientras su mujer se peinaba con mil primores sentadita al sol a la puerta de la casa y los muchachos jugaban a los bolos bajo los nogales del campo inmediato.
-Deja ahí el zurrón, que aquél le subirá cuando venga a comer, dijo la del peinado sin moverse de su asiento. Seneca dejó, en efecto, el zurrón a la puerta y se entró a la heredad donde trabajaba Angelote para echar una pipada y un párrafo en compañía de su amigo.
En la hondera de la heredad había cuatro o seis manzanos cuya estraordinaria lozanía llamó la atención de Seneca.
-¿Sabes, dijo este a Angelote, que esos manzanos son soberbios?
-Pues a pesar de eso, milagro será que no me caliente con ellos las piernas el invierno que viene.
¡Qué disparate, hombre!
-No hay disparate que valga.
-¿Cómo que no, si esos manzanos son verdaderas alhajas?
-Alhajas de similor. Ahí donde las ves tan lozanas y corpulentas, no llevan una manzana, al paso que esos otros de la cabecera, a pesar de ser tan ruines, no hay año que no se les rompan las quimas con el peso de la fruta.
Seneca varió de conversación, y mientras echaba la pipada en compañía de su amigo, observó con profunda pena que los calzones de éste soltaban la carcajada por todas partes.
-Oye, Angelote, preguntó al labrador, ¿tienes un par de pértigas buenas?
-¡Vaya si las tengo!
-Pues ve por ellas.
¿Para qué?
-Tráelas, hombre, que luego lo sabrás.
Angelote se fue y volvió un instante después cargado con dos grandes pértigas de char o apalear castañas y nueces. Su mujer y sus hijos venían tras él atraídos por la curiosidad, mientras el cerdo, aprovechando la soledad en que había quedado el zurrón, abría brecha en él con el hocico y se daba un buen atracón de harina.
-Vamos, aquí tienes las pértigas.
-Cojamos cada uno una y demos una buena paliza a estos manzanos.
-¿Para qué?
Para que no sean holgazanes.
¡Já, já! ¡Qué cosas tiene este Seneca! exclamaron en coro Angelote, su mujer y sus hijos.
Seneca cogió una pértiga y empezó a apalear los manzanos, y Angelote le imitó por seguir la broma y porque comprendió que el socarrón del molinero se proponía echar en cara indirectamente a su mujer y sus hijos cuán merecedores eran, por su holgazanería, de una buena paliza.
Palo va, palo viene, las ramas de los manzanos caían tronchadas, y en breve rato aquellos árboles, tan lozanos y bravíos un momento antes, quedaron medio desmochados, cosa que no

lastimaba mucho a Angelote, pues estaba resuelto a cortarlos por el pie en vista de que no producían más que hojarasca.
-Desengáñate, que las palizas solo aprovechan a los burros.
-(¡No te vendría a ti mal una buena!) murmuró Seneca por lo bajo, y se alejó de la casa blanca.

- V -

Sabido es que la escesiva lozanía de las plantas aminora la cantidad y la buena calidad del fruto. En esta creencia se funda la costumbre que hay en la costa cantábrica de cargar de piedras los naranjos y los limoneros cuando son escesivamente lozanos. Como yo viese a un labrador de Bermeo usar de este procedimiento con los naranjos de su huerta y le dijese que dudaba de su eficacia, me contestó:-Si Dios le da a usted hijos y no muda de opinión, me temo que sus hijos no le van a dar a Vd. fruto alguno o se le van a dar muy insípido o muy amargo. Me ha dado Dios hijos y he mudado de opinión; pero como no hay pértigas en mi casa, dejo a la voluntad de Dios la calidad del fruto que den mis hijos.
Cuando Seneca y Angelote apalearon los manzanos de la casa blanca, se acercaba la primavera.
Algunas semanas después tuvo Angelote que hacer un viaje de ocho días y le emprendió encargando a su mujer y sus hijos que layasen para cuando él volviese un pedacillo de tierra inmediato a la casa y único terreno que él dejaba sin layar.
Cuando volvió de su viaje era de noche y en casa todo lo encontró como quien dice patas arriba. ¡Ni lumbre siquiera había en el hogar para hacer la cena!
Acostóse el pobre Angelote desesperado, y así que amaneció se asomó a la ventana a ver qué tal habían hecho su mujer y sus hijos la layada que él les encargó. Su desesperación no tuvo límites cuando vio que el pedazo de tierra estaba aún sin layar; pero al dirigir la vista a la hondera de la pieza dio un grito de alegría y esperanza: ¡los manzanos apaleados, que nunca habían echado una flor, estaban cubiertos de ellas!
Aquella misma mañana cogió Angelote una vara de avellano y arreó a su mujer y sus hijos una buena paliza en vista de que se negaban como siempre a trabajar.
Y desde aquel día Angelote no volvió a trabajar solo en las heredades ni volvió a ir a misa con los calzones negros cosidos con hilo blanco.

FIN DE LA PALIZA.

Las orejas del burro

- I -

Este era un señor cura que estaba de servidor en un curato patrimonial, que, como es sabido, son aquéllos cuya propiedad corresponde a curas naturales de la feligresía, del municipio y aun de la provincia.
Lo que voy a contar de él no le honra maldita la cosa, pero así como respeto y enaltezco siempre a los curas como Dios manda, así cuando por casualidad tropiezo con alguno que no honra a su respetable clase, pronuncio un «salvo la corona,» con lo cual mi conciencia queda tranquila pues, hecha esta salvedad, ya no se trata del sacerdote, sino del hombre, y le doy, así por lo suave, una zurribanda que sirva de saludable escarmiento.

El Sr. D. Toribio, que así se llamaba mi señor cura, debía tener algún pero muy gordo, pues cuando se colocó de servidor en Zarzalejo, lugarcillo de veinticuatro vecinos, todos pobres y rústicos labradores, hacía mucho tiempo que estaba desacomodado, porque en ningún pueblo le querían.

Asistía a las conferencias que el clero de aquellos contornos celebraba en Cabezuela, que era un pueblo inmediato, y siempre le encargaba el presidente de las mismas que estudiase yo no sé qué; pero el Sr. D. Toribio, en lugar de pasar los ratos desocupados estudiando, los pasaba andando de aquí para allí montado en el Moro, que era un burro muy mono al que había criado en casa desde chiquitín, enseñándole una porción de burradas que enamoraban y hacían desternillar de risa al Sr. D. Toribio.

La iglesia de Zarzalejo parecía una tacita de plata, y todo estaba en ella a pedir de boca; pero esto no se debía al señor cura, que se debía a Pedro, o por mal nombre Pericañas, el hijo del tío Robustiano, que hacía de sacristán y monaguillo, y era, mejorando lo presente, lo más listo que uno se echa a la cara. En Castilla he oído un refrán de sonsonete que dice: «Si quieres ver a tu hijo pillo, ponle a monaguillo,» y en verdad que este refrán es un Evangelio chiquirritito, como algunos, muy pocos, de los refranes: casi todos los monaguillos son pillos en el buen sentido de la palabra, que es el de listos y despavilados, porque no parece sino que al aprender a despavilar las velas, aprenden a despavilarse a sí mismos.

- II -

Un día tuvo Pericañas con su padre una conversación muy interesante. Padre, dijo Pericañas, yo voy siendo ya grande para monaguillo. El otro día, cuando pasó por aquí el señor obispo y yo fui con el Moro del señor cura a llevarle la maleta hasta Cabezuela, trabamos conversación su ilustrísima y yo mientras su ilustrísima caminaba montado en su mula y yo caminaba a pie arreando al Moro.

-¿Qué tal está la iglesia de Zarzalejo? me preguntó el señor obispo.

-Muy bien, le contesté, y ya siento que vuestra ilustrísima no la haya visto.

-No me ha sido posible detenerme en Zarzalejo, pero el año que viene, si Dios quiere, vendré a la visita
pastoral y veré despacio la iglesia.

-Pues de seguro le gustará a vuestra ilustrísima, porque, aunque me esté mal el decirlo, la tengo que se puede ver la cara en ella: de cada zurriagazo que les doy todos los días a los santos para limpiarles el polvo, tiembla la iglesia.

-Pues qué, ¿eres tú el sacristán?

-Sacristán y monaguillo, para servir a vuestra ilustrísima.

-Hombre, hombre, sacristán está bien, pero para monaguillo ya vas siendo grande.

-¿Y eso qué le hace, señor?

-¿Pues no le ha de hacer, hombre? Los monaguillos deben ser niños que por su inocencia y rostro infantil recuerden a los ángeles, y no hay cosa más impropia para hacer su
oficio que un zamarro con más barbas que un chivo.

-Así se esplicó el señor obispo. Conque ya ve Vd., padre, que si su ilustrísima me encontraba ya grande para monaguillo hace pocos días, más me encontrará dentro de un año.

-Tienes razón, hombre, y la tiene el señor obispo, contestó el tío
Robustiano.

-¿Y qué le parece a Vd. que haga?

-Decirle al señor cura que demites tu empleo y venirte a destripar terrones conmigo.

-Padre... a mí me gusta mucho la iglesia.

Librodot

-A todos nos gusta, hijo, porque en ella nos da Dios a los pobres y afligidos la esperanza y el consuelo que nos niegan los hombres.
-Sí, pero no es eso lo que quiero decir.
-¿Pues si no, qué demonios es?
-Que yo quiero ser cura.
-Muchacho, ¿tú te quieres chungar conmigo? Mira que tengo muy malas pulgas.
-Pero, padre, mi deseo nada tiene de malo.
-Pero tiene mucho de imposible. Muy santo y muy bueno sería para todos el que te ordenases de cura, porque, como dijo el otro, en cada familia debe haber un machito negro que la ayude a llevar las cargas; pero ¿de dónde demonios vas a sacar para seguir la carrera?
-Si Vd. hiciera algún sacrificio para ayudarme, yo me aplicaría, y a la vuelta de unos cuantos años ya nadie en Zarzalejo le llamaría a usted el tío Robustiano.
-¿Pues cómo demonios me habían de llamar?
-El padre del señor cura.
-Vamos, vamos, este demonio de chico es capaz de engatusar... Pero, muchacho, ¿quién te asegura a ti que has de pillar el curato de zarzalejo?
-En eso, padre, no puede haber dificultad ninguna, porque el curato de Zarzalejo es patrimonial y no hay miedo de que me le disputen.
-Pues bien, hombre, no hablemos más del asunto. Venderé aunque sea la camisa que tengo puesta a ver si con doscientos mil demonios te haces cura; pero ¡ay de ti si veo que no te aplicas! porque entonces te deslomo a palos, que ya sabes que tengo malas pulgas. Mañana mismo vamos a ver al dómine de Cabezuela, y te quedas allí estudiando la latinidad, que es lo primero y principal que hay que aprender para cantar misa. Pericañas dio un salto de alegría al oír esto, y corrió a presentar al señor cura la dimisión de su destino.

- III -

El señor cura de Zarzalejo andaba muy caviloso y triste desde que Pericañas estudiaba para cura: hasta su favorita diversión, que era la de cabalgar en el Moro y hacer fiestas y enseñar borricadas al animal, le cansaba y aburría.
Y no dejaba de ser fundada la tristeza del pobre señor cura, porque, lo que él decía:
-Ese Pericañas, que es listo como un demontre, se hace cura en un periquete, y valido de la pícara patrimonialidad, me birla el curato y vuelvo a pasar la pena negra antes de encontrar nueva colocación. Hacer oposición a un beneficio es imposible para mí, porque ni jota sé del latín que me prendí con alfileres para ordenarme, y eso de estudiar, francamente, no me gusta. Será una fatalidad, será una picardía, será todo lo que se quiera este horror que tengo a los libros, pero ¿qué le he de hacer yo? Cada uno tiene su opinión y su ingenio. Mire Vd. también al trasto de Pericañas, que se le ha antojado ser cura, como si para serlo no hubiera más que tumbarse a la bartola y pasar la vida hecho un borrico.
No, pues si yo pongo pies en pared para que no se salga con la suya, no se saldrá. Y sí que los pondré, caramba, quo ya estoy harto de ser tonto, porque en esta pícara España, el que no es intrigante y tuno se fastidia.
Todos los días; tenía el señor cura este soliloquio, y se devanaba los sesos buscando el medio de hacer a Pericañas una jugarreta que le obligase a abandonar la carrera eclesiástica.
Un día que andaba en estas cavilaciones se le presentó el tío Robustiano y le dijo que tenía que hablar con él a solas cuatro palabras.

Librodot

-Ya sabe Vd., señor cura, le dijo el tío Robustiano, que a Pericañas le tengo en Cabezuela ya va para medio año aprendiendo la latinidad con el aquél de que se haga cura, porque parece que le tira mucho la iglesia.
Sí, ya lo sé, y me temo mucho que ese chico pierda el tiempo, porque para ordenarse hay que saber mucho.
-En eso último estoy yo también, señor cura. Pues voy al decir que el muchacho tendrá estos días los desámenes y en seguida se vendrá a pasar las vacaciones en casa. Yo quisiera que así que venga le desaminase Vd. disimuladamente y luego me dijera en confianza qué tal viene de adelantado, porque si no ha adelantado le doy una paliza de cien mil demonios y le pongo a destripar terrones conmigo, que me estoy gastando un sentido con él y ¡a qué es moler si el muchacho no es aplicado o de su natural es burro!
-Hombre tiene Vd. mucha razón y piensa como buen padre. Pierda Vd. cuidado, que en cuanto venga el chico yo le examinaré, así como quien no quiere la cosa, y le diré a Vd. con franqueza lo que me haya parecido.
Tras esta conversación, -el tío Robustiano se despidió del señor cura, seguro de que un señor tan sabio le había de desengañar en lo tocante a los adelantos del chico.

- IV -

Apenas llegó Pericañas a Zarzalejo, fue a visitar al señor cura, y como viese al Moro paciendo en un pradito que estaba antes de llegar a la casa, corrió a él para hacerle una fiesta. Por lo visto no estaba para fiestas el Moro con motivo del despego que le mostraba en amo hacía algún tiempo, pues acercarse a él Pericañas y plantar a éste una coz que a poco más le deja en el sitio, todo fue uno. Pericañas, que no esperaba tal correspondencia de un animal a quien había hecho muchos favores, siguió su camino murmurando:
-Bien merecido tengo este pago, por no considerar que de los burros sólo se deben esperar coces.
El señor cura recibió a Pericañas, al parecer, con mucho afecto.
-Hombre, le dijo, yo creía que me ibas a saludar en latín.
-Mal o bien, señor cura, le contestó modestamente el muchacho, hubiera podido hacerlo, porque me he aplicado cuanto he podido, pero creía que tal alarde hubiera parecido arrogancia.
-No hay arrogancia que valga, hombre. A ver, a ver cómo me esplicas en latín en qué has empleado el tiempo.
El muchacho tomó la palabra en latín, y dejó patitieso al señor cura la soltura con que se esplicó, y digo la soltura, y no la perfección, porque el Sr. D. Toribio sólo conoció que hablaba con soltura.
-¿Y es ese el latín que has aprendido en medio año? le preguntó el señor cura haciendo un gesto de desaprobación.
-Sí, señor.
-Pues, hijo, es lástima que los panaderos hayan pasado malas noches por ti.
El muchacho, que con razón creía haber aprovechado el tiempo y así lo había oído de boca de su preceptor, se quedó cortado con la salida del señor cura y se volvió a casa poco menos que llorando.
El tío Robustiano se fue aquella tarde por casa del señor cura deseoso de saber a qué altura de latín venía Pericañas.

Librodot

-Tío Robustiano, le dijo el señor cura apenas le vio, tengo que darle a Vd. una mala noticia. El muchacho viene más burro que fue, porque no sabe jota de latín y hasta ha olvidado lo poquillo que con el roce había ido aprendiendo a mi lado.
-Me ha partido Vd. de medio a medio con esa noticia, señor cura, exclamó el pobre hombre llevándose la mano a la frente para enjugar el sudor frío que le comenzaba a chorrear.
-Lo siento mucho; pero debo desengañarle a Vd., porque no tiene gracia que se esté Vd. sacrificando inútilmente por el muchacho.
-¡Por vida de dios Baco balillo, que en cuanto llegue a casa no le dejo hueso sano a ese tunante!.....
-¡Hombre, no haga Vd. barbaridades!
-Es que no sabe Vd., señor cura, las endemoniadas pulgas que tengo!
-Déjese Vd. de pulgas y siga mi consejo.
-¡Por vida de doscientas mil recuas de demonios! Perdone Vd., señor cura, la falta de respeto, que no sé lo que me digo. ¿Qué quiere usted que un hombre haga?.....
-Lo que ha de hacer Vd. es no tocar al pelo de la ropa al muchacho, y en vez de dedicarle a una carrera para la que no sirve, dedicarle a la labranza, en que puede ser un hombre tan útil y honrado como Vd.
-Haré por seguir los consejos de Vd., señor cura, pero.....
-No hay pero que valga, tío Robustiano. Es que creen Vds. que de bóbilis-bóbilis se hace uno cura. Están Vds. muy equivocados, que para ser cura se necesita saber mucho. Aquí me tiene usted a mí que, aunque me esté mal el decirlo, no soy de los más negados; pero, admírese Vd., aún hay curas que saben más que yo.
-¡Parece imposible, señor!
-Pues no hay imposible que valga. EA, conque quedamos en que al pobre chico no le pegará usted, y en lugar de hacer de él un mal cura, haga un buen labrador.
-Francamente, señor cura, no respondo de mí, porque le digo a Vd. que tengo unas pulgas endemoniadas.....
-¡Vuelta con las pulgas! ¡Hombre, no sea usted tan cerril! En este mundo somos lo que Dios nos ha hecho, y no lo que nosotros queremos ser. A unos nos ha dado Dios mucho talento, y a otros.....
-Bien, señor cura, no hablemos más de eso. Haré lo que Vd. quiere, porque no se diga que un pobre borrico como yo pretende saber más que un señor tan sabio como Vd. Muchas gracias por todo y disimular.....
-No hay de qué, tío Robustiano.
El pobre tío Robustiano se fue de casa del señor cura aún más apesadumbrado que poco antes se había ido el pobre Pericañas. Su esperanza de tener en la familia un machito negro que la ayudase a llevarlas cargas, ¡había volado!

- V -

Para el tío Robustiano, que era hombre de bien a carta cabal y ya había consentido en que todo Zarzalejo le llamaría el padre del señor cura, fue una puñalada la pérdida de aquella esperanza. Tener un hijo cura era para él la mayor de las honras. Yo conocí en una ciudad de Castilla una pobre mujer que sólo tenía un defecto, y era un orgullo tan desmedido, que no la permitía tratarse de igual a igual con las vecinas. Este orgullo se fundaba en que su marido era sepulturero, y por consiguiente, como ella decía reventando de vanidad, la familia era de iglesia. Y yo conozco en una aldea de Vizcaya a una buena y amada compañera de mi

Librodot

infancia que, oyendo mis reconvenciones porque no se resignaba con la voluntad de Dios que le había llevado un hijo próximo a ordenarse de misa, me contestó:

-«¡Ay! era muy dulce para mí la esperanza de que manos engendradas en mis entrañas alzasen todos los días la hostia consagrada y bendijesen al pueblo donde he nacido, he vivido y he de morir!»

El tío Robustiano había prometido no pegar al muchacho; pero cuando éste, tratando de defenderse de la acusación de que no sabía jota de latín, sostuvo que sabía cuando menos tanto como el señor cura, y se atrevió a poner en duda la veracidad y buena fe en cuya virtud le condenaba su padre a abandonar la carrera eclesiástica y a dedicarse a destripar terrones, el tío Robustiano perdió los estribos indignado de que un mocoso como su hijo se atreviese a dudar de la sabiduría y veracidad del señor cura, y faltó poco para que moliera a palos al pobre Pericañas.

Pasaron meses y meses, y Pericañas destripaba terrones al lado de su padre con la mayor resignación y obediencia; pero dedicaba sus ratos de ocio y aún no pocas vigilias al estudio del latín, valiéndose para esto de los libros que había traído de Cabezuela.

Un día recibió el señor cura una carta del señor obispo en que este le anunciaba que iba a emprender la visita pastoral y le indicaba el día en que llegaría a Zarzalejo. Su ilustrísima deseaba pernoctar en casa del señor cura, y añadía a este: «No se moleste Vd. en hacer preparativos estraordinarios de ningún género para recibirme. En cuanto a la mesa, solo tengo que decirle a usted que orexis more parve.»

Su ilustrísima tenía una letra endemoniada. La parte en castellano de esta carta ya la fue deletreando el señor cura, pero al llegar al latín se atascó completamente, por más vueltas y revueltas que dio.

-Pero ¿qué demonios querrá decir aquí su ilustrísima? exclamaba el señor cura sudando la gota tan gorda por interpretar el sentido de aquellas palabras, que aun yo hubiera traducido por «soy habitualmente parco.» Y precisamente, continuaba, en este maldito latinajo está el busilis de toda la carta, porque aquí es donde esplica el señor obispo la clase de comida que le he de preparar. Orexis more parve... Mil demonios me lleven si entiendo esto. Orexis more... Aquí parece que habla de las orejas del Moro... Pero ¡cá! eso no puede ser. ¿Y a quién voy yo, en un pueblo como éste, donde nadie sabe latín más que yo, a preguntarle lo que significa este pícaro latinajo? Pericañas de seguro lo sabe; pero ¿cómo doy yo mi brazo a torcer preguntándoselo? Y sin embargo, no tengo más remedio que acudir a él. Eso sí, lo haré con tal diplomacia, que no me ha de descubrir la oreja.

Así diciendo, el señor cura se echó la carta de su ilustrísima en el bolsillo, y haciendo que daba un paseo, se fue por la heredad donde trabajaban Pericañas y su padre.

-¿Qué tenemos por esos mundos de Dios, señor cura? dijo el tío Robustiano.

-Hombre, por esos mundos de Dios no sé lo que pasa, pero en Zarzalejo tenemos una gran novedad.

-¡Calla! ¿Y se puede saber cuál es?

-¡Una friolera! Que el día 24 tendremos aquí al señor obispo.

-¡Hola, hola! ¡Esa noticia es gorda! ¿Pero se sabe ya de cierto?

-Tan de cierto, que acabo de recibir carta de su ilustrísima anunciándomelo y diciéndome que se hospedará en mi casa. Aquí tienen Vds. la carta de su ilustrísima. Que la lea alto el estudiante, pues yo me he dejado las gafas en casa.

Y el señor cura alargó la carta a Pericañas, que la leyó de corrido.

Al llegar a las palabras latinas, el señor cura le dijo con un retintín capaz de cargar a Cristo padre:

-Eso está en griego para ti, muchacho.

El muchacho, que no tenía pelo de tonto, adivinó al vuelo lo que buscaba el señor cura, y replicó:
-Gracias, señor cura, por el favor que Vd. me hace.
-Es justicia, hijo, y si no tradúcelo, tradúcelo para que lo entienda tu padre.
-Tiene razón el señor cura. Di qué quiere decir eso, borrico.
-Aquí dice que su ilustrísima se contenta con que el señor cura le prepare para comer el par de orejas del Moro.
El tío Robustiano levantó el mango de la azada para arrear un lapo a Pericañas dando por seguro que éste traducía un disparate, pero el señor cura le detuvo y dijo al muchacho:
-¿Estás seguro de que dice eso?
-Tan seguro como Vd. lo está de que yo no sé jota de latín. La cosa no puede estar más clara: orexis, las orejas, more, del Moro, parve, el par.
-Pues, amigo tío Robustiano, dijo el señor cura, el muchacho ha acertado esta vez por más que lo hagan inverosímil su ignorancia del latín y lo estraño del encargo de su ilustrísima.
-¿Pero es posible, señor cura, que su ilustrísima tenga tal antojo?
-Amigo, carta canta.
-¿Y cómo sabe su ilustrísima que el burro se llama Moro?
-¡Toma, mire Vd. con lo que sale ahora mi padre! dijo Pericañas.
¡Pues pocas veces me oyó a mí darle ese nombre cuando fui con su ilustrísima a Cabezuela!
-¡Ya se ve, dijo el tío Robustiano, como estos señorones no saben ya qué comer, por variar se les antoja cualquier porquería!

- VI -

Pericañas no tenía mal corazón, pero no había podido dominar la tentación de vengarse de las dos coces que había recibido, una del Moro y otra del señor cura.
Por fin llegó el señor obispo a Zarzalejo entre el repique de las campanas y la alegría del vecindario, que en compañía del señor cura había salido a recibirle a las afueras del pueblo. Pericañas también salió con su padre a recibir a su ilustrísima.
Lo usual en tales casos es que el clero reciba al prelado a las puertas de la iglesia; pero como aquél era pueblo de gente toda ella rústica, el señor cura había creído que debía salir a recibirle en las afueras del pueblo y luego adelantarse a la iglesia para revestirse y hacerle allí el recibimiento eclesiástico.
Al ver el tío Robustiano que el señor cura y aún el maestro de escuela dirigían la palabra al señor obispo, por supuesto en castellano, felicitándole por su llegada, no pudo dominar un arranque de sentimiento y disgusto, y dijo por lo bajo a su hijo tirándole un torniscón:
-¡Ah, si tú, burro de todos los demonios, hubieras salido otro, cómo te hubieras podido lucir hoy delante de todo el pueblo, felicitando en latín al señor obispo!
Estas palabras fueron un rayo de luz para Pericañas, como casi siempre lo son las de los padres para los hijos claros de inteligencia y sanos de corazón. Al oírlas, adelantóse hacia el señor obispo y le dirigió la palabra en latín sin la menor vacilación.
Su ilustrísima se quedó pasmado al oír al muchacho espresarse con no común corrección en la lengua del Lacio, de que el prelado era gran partidario y peritísimo cultivador, y no pudo menos de contestar primero con un aplauso, que secundó todo el pueblo entusiasmado, y luego con algunas, frases en castellano, elogiando a la faz de todo Zarzalejo la perfección con que aquel muchacho hablaba el latín.

Librodot

El pobre tío Robustiano creyó reventar de orgullo y alegría al ver y oír aquello, y sin saber lo que se hacia empezó a abrazar a su hijo y a tirar al aire el sombrero, dando vivas a su ilustrísima.
El que, por más que lo disimulaba, se había quedado como los santos de Francia, era el señor cura.
Su ilustrísima dispuso que Pericañas le acompañara, no solo a la iglesia, sino también a su mesa en casa del señor cura.
Esta nueva y singular honra dispensada a su hijo tenía trastornado de gozo al tío Robustiano, a quien todo el pueblo volvía chocho felicitándole por ella.
De vuelta de la iglesia, el señor obispo, su secretario, el señor cura y Pericañas, se sentaron a la mesa, este último con gran emoción y humildad aunque no con torpeza ni encogimiento.
El señor cura había dispuesto una escelente comida, como lo probaban el apetito y complacencia con que comían su ilustrísima y el señor secretario.
Fueron saliendo los principios, y al fin apareció el singularísimo encargado, en concepto del señor cura, por el señor obispo. Su ilustrísima y el señor secretario se sirvieron de él y empezaron a comer. Sea que el gusto del manjar le pareciese estraño o sea que le chocase que tanto el señor cura como Pericañas se escusaban cortesmente de probar de aquel plato, el señor obispo preguntó:
-Señor cura, ¿qué vianda es esta?
-Pues nada, señor, contestó el cura, ese es el plato que en su carta me encargaba especialmente vuestra ilustrísima.
-Usted está equivocado, señor cura; yo no especifiqué a Vd. plato alguno.
-Aquí he de tener la carta de vuestra ilustrísima, replicó el señor cura sacando del bolsillo la del señor obispo. Vea vuestra ilustrísima cómo me decía en ella que le preparase el par de orejas del Moro.
-¿El Moro? ¿Y quién es ese caballero, hombre?
-Señor, el Moro es el burro de casa.
-Señor cura, ¿se ha vuelto Vd. loco?
-¡No, ilustrísimo señor! Carta canta; aquí dice testualmente: «Orexis more parve.»
La casa se le cayó encima al señor obispo al oír esto, y tanto él como el señor secretario empezaron a dar arcadas para vomitar, porque de repente se les había vuelto veneno lo poco que habían comido de las orejas del burro.
Pericañas estaba aún más confundido y pesaroso que el señor cura de la jugarreta que al señor cura y al borrico había hecho por un mezquino sentimiento de venganza que le causaba ya profundo remordimiento y vergüenza.
-¡Señor obispo! exclamó arrojándose humildemente a los pies del venerable prelado; ¡perdone vuestra ilustrísima al señor cura, que es inocente de esta picardía de que sólo yo soy culpable!
El señor obispo pidió esplicaciones de aquello que parecía una indigna broma, y así que oyó algunas que le dio el muchacho, lo comprendió todo, pues era tan perspicaz como prudente y benigno.
Poco después se disponía a salir para Cabezuela con objeto de pernoctar allí y no en Zarzalejo como había pensado, y llamando a parte al señor cura y al muchacho, les dijo:
-Señor cura, ya sabe Vd. que la lengua latina es el idioma oficial de la Iglesia católica. Usted, que es uno de los ministros de la Iglesia, ha olvidado esa lengua y es indispensable que vuelva al seminario conciliar de la diócesi a aprenderla. Tú, Pedro, que aspiras a ordenarte y a obtener la patrimonialidad de Zarzalejo y por una intriga miserable te viste apartado de tan santo camino, te vas a venir conmigo, después de obtener el beneplácito y la bendición de tu padre, que yo me encargo de costearte la carrera eclesiástica a que al parecer Dios te llama.

Librodot

Pocos años después, Pericañas era cura patrimonial de Zarzalejo, y D. Toribio, que estaba de servidor en otro pueblecillo cercano, estudiaba como un demonio para hacer oposición a un beneficio de Cabezuela.

¡Ah! si yo fuera obispo.....algo más había de hacer que echar bendiciones.

FIN DE LAS OREJAS DEL BURRO.

Las dudas de San Pedro

- I -

Cuando Cristo y San Pedro andaban por el mundo sucedieron cosas que el pueblo español me ha contado en el lenguaje candorosamente familiar, anacrónico y castizo en que, con la ayuda de Dios, las voy a recontar.

San Pedro era un gran santo, y Cristo le quería mucho, como lo prueba el haberle nombrado su vicario en la tierra y el haberle dado después las llaves del cielo; pero a pesar de eso, San Pedro tenía sus debilidades de hombre, de lo que es testigo aquello del gallo, y sus rarezas de viejo, de lo que dará testimonio la presente narración.

Cristo notaba hacía algún tiempo que San Pedro estaba cada vez más caviloso y triste, y un día que caminaban juntos por Galilea, le dijo:

-Amado Pedro, ¿cuál es la causa de las melancolías y cavilaciones en que te sumes con frecuencia?

-Señor Maestro, contestó San Pedro, desgraciadamente no se equivoca Vd., que hace tiempo me atormentan dudas que casi no me dejan pegar los ojos de noche ni solazarme con los encantos de la naturaleza de día.

-¿Me dirás, amado Pedro, qué dudas son esas?

-Señor Maestro, trabajillo me costará el decírselo a Vd., porque mis dudas son tales, que se me cae la cara de vergüenza sólo con pensar en ellas.

-Amado Pedro, rústico y humilde pescador eras en esta mar de Galilea cuando, siguiendo las inspiraciones de mi Padre, te elegí para predicar el Evangelio de Dios a las gentes, y aun para más altos destinos te reservo.

Te he infundido la ciencia divina de mi Padre, que es la sabiduría suprema en el cielo y en la tierra, y ¿crees que no tengo derecho a exigirte que me muestres todo lo más recóndito de tu corazón y tu inteligencia?

-Es verdad, señor Maestro, que tiene usted derecho para eso y mucho más, pero mis dudas son terribles...

-Amado Pedro, dime cuáles son.

-Pues ha de saber Vd. que dudo de la justicia y sabiduría de Dios.

-¿De mi Padre?

-Cabalito, de su señor Padre de Vd.

-Amado Pedro, ¿has perdido el juicio?

-Le perderé sí estas pícaras dudas continúan, pero lo que es ahora le tengo muy cabal.

-Pero, amado Pedro, ¿sabes lo que son esas dudas?

-Serán una picardía, serán una barbaridad, serán un sacrilegio, serán todo lo que Vd. quiera; pero lo cierto es que yo las tengo, y por más que me mato por echarlas con doscientos mil de a caballo, no lo puedo conseguir.

-Pero dime, amado Pedro, cuáles son y en qué se fundan. Porque no basta decir yo dudo de esto o de lo otro o de lo de más allá; es menester probar que la duda es racional y justa.
-Estamos conformes en eso, señor Maestro; pero desgraciadamente las dudas que yo tengo de la justicia y sabiduría de su señor Padre de usted son fundadísimas.
-Veamos, amado Pedro, en qué se fundan.
-Señor Maestro, Vd. sabe muy bien que desde que andamos de zeca en meca combatiendo la malicia y el error que tanto abundan en este pícaro mundo, hemos visto cosas que... francamente, no nos han hecho maldita la gracia.
-¿Y qué cosas han sido esas, amado Pedro?
-Demasiado lo sabe Vd., señor Maestro. Hemos visto inocentes niños desamparados, hombres de bien haciéndose cruces en la boca, bribones, nadando en el oro y el moro, mujeres honradas cubiertas de harapos y mujeres sin vergüenza cubiertas de seda y repantigadas en doradas carrozas.
-¡Todo eso es la pura verdad, amado Pedro!
-Pues bien, señor Maestro: si su señor Padre de Vd. es justo y sabio a carta cabal, como usted dice y todos nosotros vamos propalando por el mundo fiados en la honrada palabra de Vd., que creemos no nos dejará mentir, ¿cómo su señor Padre de Vd. consiente esas y otras picardías?
-Amado Pedro, contestó Jesús, tus dudas son criminales; pero no temas, que mi Padre ha dicho: Bienaventurados los pobres de espíritu, que de ellos será el reino de los cielos.
-¿Y se puede saber, señor Maestro, qué entiende Vd. por pobres de
espíritu?
-Pobres de espíritu son los ricos de corazón y pobres de inteligencia; que si pecan, pecan por ignorancia y no por malicia, como a ti te sucede al dudar de la justicia y sabiduría de mi Padre.
Al decir esto, Cristo sonrió benévolamente. Entonces San Pedro sintió que un rayo de divina luz iluminaba vaga y fugitivamente su inteligencia, y prorrumpiendo en lágrimas de arrepentimiento, quiso prosternarse a los pies de Jesús, que le tendió amorosamente la diestra para impedírselo, y le consoló con su sonrisa.
Y ambos viajeros, mudando en seguida de conversación, continuaron su camino.

- II -

Andando, andando, Cristo y San Pedro llegaron junto a una casería rodeada de frutales cargados de madura fruta y campos cubiertos de verdes maizales y de dorado trigo que un hombre, una mujer y un niño comenzaban a segar.
Como hacía un calorazo que se asaban los pájaros, iban ambos, como quien dice, con un palmo de lengua fuera.
-Señor Maestro, dijo San Pedro, esto es achicharrarse vivo, y yo ni siquiera me atrevo a quitarme la caperuza para limpiarme el sudor, porque como tengo tan poco pelo, temo coger una insolación que me lleve la trampa.
-Ten un poco de paciencia, amado Pedro, que en esa casería del pie de la cuesta descansaremos un poco y nos refrigeraremos con agua fresca, porque yo me voy ahogando de sed.
-Y a mí me sucede dos cuartos de lo mismo.
Cristo y San Pedro llegaron al fin a la casería que estaba al empezar una cuesta, y se sentaron delante de ella a la sombra de un cerezo.

Librodot

Apenas vieron los labradores que los viajeros se habían detenido, se apresuraron a salir a saludarlos. Los labradores eran un matrimonio con un hijo como de catorce años muy avispados y muy guapos.
El recibimiento que hicieron a los dos viajeros desconocidos no pudo ser más afectuoso.
-Pasen Vds. adentro y descansarán un rato y tomarán algo, les dijo la labradora abriendo la puerta de la casa.
-No se moleste Vd., le contestó Cristo, que a la sombra de este cerezo estamos perfectamente. De lo que sí nos ha de hacer Vd. el favor es de un poco de agua fresca.
-Con mucho gusto, contestó la buena mujer; y un momento después les sacó agua fresca con azucarillos y todo.
-¿Parece, le preguntó San Pedro, que ogaño la cosecha es buena?
-Muy buena, gracias a Dios, que ha derramado este año todas sus bendiciones sobre nuestras heredades.
-¿De modo que cogerán Vds. trigo para todo el año?
-Y aun para más si no lo vendiésemos; pero, pensamos llevar al mercado toda la cosecha de este año para dar con su importe y el de la fruta un poco de carrera a este chico.
-¿Y qué han de comer Vds.?
-Pasaremos como Dios nos dé a entender con pan de maíz, que si no viene algún pedrisco y nos lo destruye, va a ser, gracias a Dios, también muy abundante.
Tras esta conversación, Cristo y San Pedro se levantaron para continuar su camino; pero la labradora se empeñó en que se habían de esperar un poco, mientras el chico les cogía unas cerezas con que pudieran mojarse la boca en el camino; y en efecto, el chico subió al cerezo y les cogió un pañuelo de ricas cerezas, que agradecieron mucho y con que se entretuvieron mientras subían la cuesta.
-¿Sabe Vd., señor Maestro, dijo San Pedro entusiasmado con las cerezas, que, como tenía ya mala dentadura, eran una de sus frutas favoritas; sabe Vd. que esas gentes parecen muy cristianas y buenas?
-Mucho. Pero apretemos el paso, amado Pedro, porque aquella nube que asoma por Occidente es muy siniestra, y si no nos damos prisa nos va a alcanzar antes que lleguemos a la venta.
San Pedro siguió el consejo del Maestro, con tanto más motivo cuanto que la nube avanzaba, avanzaba relampagueando y tronando como un demonio.
Cuando llegaban a la venta, que estaba al terminar la cuesta, la tempestad bramaba ya sobre la casería donde tan obsequiosamente habían sido acogidos. Refugiáronse en la venta mientras la tempestad pasaba, y así que escampó salieron para continuar su camino.
San Pedro dirigió entonces la vista hacia la casería, y lanzó un grito de sorpresa y lástima al ver que el pedrisco había arrasado completamente los campos de maíz y trigo y destrozado los árboles cargados de fruta que rodeaban la casería.
Cristo reparó también en aquel estrago y guardó silencio.
Una nube de tristeza se estendió de nuevo por la venerable faz de San Pedro.
-¿Qué es eso, amado Pedro? le preguntó el Maestro.
-¡Señor Maestro! exclamó el anciano con honda amargura, ¿no ha convenido Vd. en que las gentes de allá abajo son muy cristianas y buenas?
-Sí, amado Pedro, son honradísimas.
-Pues entonces...
-Amado Pedro, no vuelvas a dudar de la sabiduría y justicia de mi Padre, dijo Jesús sonriendo.
-¡Señor Maestro, rogadle que me perdone! exclamó San Pedro llorando, porque aquella vaga y divina luz que esclarecía su inteligencia siempre que Jesús le reconvenía sonriendo benévolamente, había ahuyentado de improviso su desconsoladora duda.

Librodot

-Amado Pedro, mi Padre ha dicho: Bienaventurados los pobres de espíritu, le dijo Jesús por única contestación.
Y ambos continuaron su camino, hablando de asunto diverso.

- III -

Andando, andando, Cristo y San Pedro llegaron al anochecer a una ermita que estaba en un espantoso desierto, en cuyos matorrales aullaban los lobos como condenados.
-Señor Maestro, dijo San Pedro, yo no paso de aquí aunque me fusilen.
-¿Por qué, amado Pedro?
-¿No oye Vd. la música que anda en los matorrales?
-Amado Pedro, cuando los lobos aúllan licencia tienen de Dios.
-Estoy conforme en eso, señor Maestro, pero no lo estoy en que los lobos saquen la tripa de mal año con nosotros.
-No tengas cuidado, que aquí ha de vivir un ermitaño que es casi un santo, y de seguro nos dará un rinconcillo donde pasemos la noche.
-¡Me ha vuelto Vd. el alma al cuerpo, señor Maestro! Cristo y San Pedro se dirigieron a la ermita, y pidieron hospitalidad al ermitaño, que los recibió con mucho amor y les dio de cenar pan, nueces y agua fresca, servida en una copa de oro guarnecida de diamantes.
La copa le chocó sobremanera a San Pedro. El ermitaño lo notó y se apresuró a satisfacer la curiosidad del anciano.
-Sin duda, dijo, estrañarán Vds. que un humildísimo siervo de Dios, que ordinariamente se alimenta con yerbas y raíces, pues el pan y las nueces sólo se usan aquí los días de incienso, posea una alhaja como ésta.
-Y tres más que lo extrañamos, contestó San Pedro.
-Pues han de saber Vds. que yo era riquísimo, triunfaba y gastaba en grande, y lo mismo me acordaba de Dios que de la primera camisa que llevé puesta. Al fin me tocó Dios en el corazón, y sin duda por aquello de que después de harto el diablo de carne se metió fraile, determiné renunciar a las vanidades del mundo, a cuyo efecto di a los pobres cuanto tenía, menos esta copa, y me vine a esta soledad, donde vivo dando al olvido esta vida transitoria y pensando sólo en la eterna.
-Eso, contestó San Pedro, es muy cristiano y bueno; pero pregunta mi curiosidad, ¿por qué se reservó Vd. esta copa que, entre paréntesis, vale cualquier dinero?
-Porque era un regalo que me había hecho el rey y..... francamente, no tuve valor para desprenderme de alhaja que tanto y tanto me honra.¿Conque, según veo, le parece a Vd. cosa de mérito la copita, eh?
-¡Vaya si me parece!
-Y no crean Vds. que la guarnición es de piedras falsas: es de finísimos diamantes que valen un dineral.
-Eso a la legua se conoce hombre.
Sospechando el ermitaño que los forasteros tendrían más gana de dormir que de hablar de la copa, les arregló una escelente cama de yerba seca y olorosa, y así que se acostaron y les dio las buenas noches, se fue a la ermita a pedir a Dios que les concediese el sueño de los justos.
Cuando Cristo y San Pedro se levantaron, el ermitaño ya les tenía preparado el almuerzo, compuesto, para variar, de nueces, pan y agua fresca, servida en la copa consabida.

-Ea, les dijo, almuercen Vds. a sus anchas y dispensen Vds. que les deje, porque tengo que irme a mis rezos. Dios les dé a Vds. buen viaje y haga que si no nos volvemos a ver en la tierra, nos volvamos a ver en el cielo.
Cristo y San Pedro le dieron las gracias por todo, le instaron a que se fuese a sus quehaceres sin andar en cumplimientos, y después de almorzar como unos príncipes, continuaron su viaje.
-¿Sabe Vd., señor Maestro, dijo San Pedro, que el ermitaño ese me parece un bendito?
-Ya te dije, amado Pedro, que casi era un santo.
-Yo creo que lo es sin casi.
Como el pan y las nueces son comida seca, Cristo y San Pedro tuvieron muy pronto una sed de mil demontre.
Busca por aquí, busca por allí una fuente, al fin dieron con una que brotaba al pie de un árbol. Para beber en ella casi era necesario echarse de bruces. Iba ya a hacerlo San Pedro a pesar de que para bajarse tenía ya duro el espinazo, cuando el Maestro le detuvo, diciendo:
-Espera, amado Pedro, que aquí he de tener yo algo con que bebamos con toda comodidad.
Y echando mano a las alforjas, sacó de ellas, con gran asombro de San Pedro, la rica copa del ermitaño.
-Pero, señor Maestro.... murmuró San Pedro, por cuyo venerable rostro se había estendido de repente, no ya una nube, sino un denso nubarrón de tristeza.
-Amado Pedro, bebe, le interrumpió Cristo sin darse por entendido de aquella murmuración y aquella tristeza.
Bebieron ambos, se guardó Cristo la copa en las alforjas y continuaron su camino. San Pedro se moría de tristeza.
-Amado Pedro, le dijo Cristo, ¿tornas a tus melancolías?
-Señor Maestro, le preguntó a su vez el apóstol, ¿está Vd. seguro de que su señor Padre aprueba cuanto Vd. hace?
-Tú lo has dicho, Pedro.
-Pues señor... digo que no lo entiendo, que no lo entiendo y que no lo entiendo.
-No lo entiendes, amado Pedro, dijo Cristo con severidad, porque eres pobre de espíritu.
-Pero ¡qué pobre de espíritu ni qué alforjas! Ese santo hombre nos da de cenar lo mejorcito que tiene, nos pone una cama que ni las de matrimonio, nos da de almorzar, nos deja solos en su cuarto a pesar de que allí tiene una copa que vale más oro que pesa, y en pago de todo le birlamos la copa. ¡Hombre, si esto no es una picardía, que venga Dios y lo vea!
-Ya lo ve, amado Pedro.
-¿Y lo aprueba?
-Cúmplese su santa voluntad, dijo Jesús sonriendo.
Aquel súbito rayo de luz que solía iluminar la inteligencia del apóstol siempre que Jesús sonreía, apareció también esta vez al trocar Jesús en benévola sonrisa su severidad.
El apóstol lloró de arrepentimiento y consuelo, y ambos continuaron su camino mudando de conversación.

- IV -

Andando, andando, Cristo y San Pedro llegaron a la orilla de un río muy ancho y muy hondo que había que pasar en una barca.
La barca estaba amarrada a la orilla del río y el barquero no parecía por allí.
San Pedro, como había sido pescador y entendía algo de barcas, quiso empuñar el remo y pasar con Cristo al otro lado, pero Cristo se opuso a ello.

Librodot

-Qué, señor Maestro, dijo el anciano, ¿duda usted de mi pericia en la navegación? ¡Ave María, no es Vd. poco desconfiado!
-Amado Pedro, mete la mano en tu seno, le replicó Jesús sonriendo. San Pedro se puso como la grana y calló.
Ambos se sentaron a descansar a la puerta de la choza del barquero, mientras el barquero venía, suponiendo que habría ido por allí a cortar mimbres para hacer estrovos.
Buena necesidad tenían los dos de descansar, y aun de tomar un bocado, porque estaban despeados y muertos de hambre.
Poco después vieron bajar al barquero de hacía una iglesia que se veía allá arriba en un cerro que dominaba la ribera.
El barquero, que parecía como compungido y lloroso, lo que hizo suponer a San Pedro que vendría de algún entierro, les pidió mil perdones por haberlos hecho esperar, y después de haberlos obsequiado con una fritada de truchas y un porrón de buen vino que encandiló los ojos al santo anciano, se dispuso a pasarlos al otro lado.
Cuando se acercaba la barca a la orilla opuesta, Cristo sacó con mucho disimulo una barrena que llevaba en el bolsillo desde el tiempo de su difunto padre putativo San José, en cuyo taller de carpintero solía entretenerse haciendo cuatro chucherías, y con ella hizo en el fondo de la barca un agujero que tapó con el pie para que no entrara por él el agua hasta su debido tiempo.
Cristo y San Pedro se despidieron del barquero, que no quiso tomar ni un cuarto por el almuerzo ni el pasaje, y saltando en tierra empezaron a alejarse del río.
Oyendo San Pedro un doloroso grito que la pareció del barquero, volvió la cara y vio que barca y barquero se hundían en el fondo del río para no volver a aparecer.
-¡Señor Maestro, exclamó espantado, socorramos a ese buen hombre que se ahoga!
-Amado Pedro, le replicó el Maestro, cúmplase la voluntad de mi Padre, que para que se cumpla he horadado el fondo de la barca mientras pasábamos el río.
-Vamos, señor Maestro, exclamó San Pedro santiguándose y cubierta su venerable faz de una nube de tristeza más densa aún que la que había vomitado torrentes de piedra sobre la casería de marras; ¡vamos, esto ya pasa de castaño oscuro!
-Amado Pedro, le dijo el maestro con severidad, la voluntad de mi Padre se ha cumplido y debemos regocijarnos por ello.
-Pero, señor Maestro.....¡Vamos, si digo y redigo y vuelvo a decir que yo no comprendo estas cosas!
-No las comprendes, amado Pedro, porque eres pobre de espíritu,-dijo Jesús sonriendo benévolamente y alargando su diestra al anciano.
El misterioso rayo de luz tornó a iluminar la inteligencia de San Pedro.
Y San Pedro bajó la venerable frente en silencio derramando abundantes lágrimas, y ambos viajeros continuaron su camino mudando de conversación.

- V -

Andando, andando, Cristo y San Pedro llegaron, ya muy de noche, a un pueblo donde no conocían a nadie.
A la puerta de una casa vieron a un hombre y le preguntaron dónde hallarían posada.
El hombre, que parecía estar chispo, les puso de picardías que no había por donde cogerlos.
San Pedro quiso emprender con él a estacazos, pero Cristo se lo impidió, diciéndole:
-Amado Pedro, la voluntad de mi Padre es que cuando nos hieran una mejilla, ofrezcamos la otra para que nos la hieran también.

Librodot

Y asiendo de la mano al apóstol, ambos se fueron al pórtico de una iglesia que estaba en frente, y allí pasaron la noche durmiendo como bienaventurados.
Cuando despertaron, poco después de rayar el alba, vieron un hombre tumbado a la puerta de la taberna de enfrente y fueron a ver si estaba muerto o dormido.
¡El hombre estaba que daba lástima! Tenía la camisa llena de vino, la cara y las manos llenas de arañazos y cardenales y la ropa hecha jirones.
-Vamos, dijo San Pedro, éste está durmiendo la mona. ¡Pero, señor, es mucho cuento la pícara afición al vino que tiene este pícaro pueblo soberano! Si yo fuera rey, en mi reino sólo se había de vender el vino en las boticas, y al boticario que vendiera un cuartillo sin la correspondiente receta del facultativo, ¡ya le había caído la lotería!
-Amado Pedro, le replicó el Maestro, tira la primera piedra al culpable cuando te creas sin culpa. San Pedro se acordó de lo alegre que había salido de la choza del barquero, y se calló como diciendo para sí:
-¡El señor Maestro me ha partido por el eje! Cristo dijo al dormido:
-¡Eh, buen hombre, levántate, que ya es de día!
El dormido despertó, saludándoles con un buenos días tengan Vds., y levantándose como avergonzado, fue a tomar una callejuela escusada, como si quisiera ocultarse de las gentes del pueblo, que ya comenzaban a salir de casa.
-Calla, exclamó entonces San Pedro, reparando mejor en él, ese tunante es el que anoche nos puso como ropa de pascua.
-Ciertamente, amado Pedro, dijo Jesús; y dirigiéndose al hombre, añadió:
-Eh, buen hombre, torna acá.
El hombre volvió como avergonzado y tímido, con tanto más motivo cuanto que San Pedro le echaba unos ojos que parecía querérsele comer vivo; y Cristo, metiendo mano a las alforjas, sacó la copa guarnecida de diamantes y se la dio, diciéndole:
-Toma esta copa que vale mucho dinero, véndela, y haz de su importe el uso que Dios manda.
El hombre tomó la copa deshaciéndose en lágrimas de agradecimiento, y se alejó por la callejuela escusada.
La nube que en aquel instante cubrió la venerable faz de San Pedro no era ya nube, era tinta fina de escribir.
-Señor Maestro, exclamó el anciano fuera de sí, si su señor Padre de Vd. obra como justo y sabio al recompensar de ese modo a un borracho indecente, digo que.....
-¡Amado Pedro, le interrumpió Jesús con severidad, pon tiento en lo que dices! ¡Ten fe en la justicia y sabiduría de mi Padre! Tu fe vacila con frecuencia y es menester fortalecerla, porque mi Padre quiere fundar en ella la obra más grande y duradera de este mundo.
Y así diciendo, Jesús tomó a San Pedro de la mano y fue a sentarse con él en el pórtico de la iglesia.

- VI -

-¿Qué has visto; amado Pedro, desde que por primera vez me confesaste que dudabas de la justicia y sabiduría de mi Padre?
-Señor Maestro, he visto cosas que han arraigado pada vez más mis desconsoladoras dudas, contestó San Pedro llorando.
-Amado Pedro, óyeme con atención y deja las lágrimas para llorar otra gran debilidad en que has de incurrir cuando se acerque la consumación
suprema de los decretos de mi Padre.

Librodot

Aquellos honrados labradores cuya cosecha vimos destruida en un instante por la tempestad, destinaban el importe de la cosecha a costear la carrera de su único hijo, que quería hacerse escribano.
Si el muchacho se hubiese hecho escribano, hubiera enredado en pleitos y jaranas a todo el pueblo, hubiera matado a disgustos a sus padres, hubiera deshonrado a la familia, y por último, se hubiera condenado; pero como la tempestad dejó a sus padres sin medios para darle tal carrera (que honra tanto más a los que la ejercen bien cuanto más expuesta es a ser ejercida mal), el muchacho será un honrado labrador como sus padres, sus padres alcanzarán a su lado una vida dilatada y feliz, él la alcanzará igual al lado de sus hijos, y cuando muera irá a sentarse a la diestra de mi Padre, que es donde se sientan los que glorifican a Dios y a la humanidad con la virtud y el trabajo.
Aquel ermitaño que tan caritativa hospitalidad nos dio, sólo necesitaba para ser santo una cosa: desembarazarse de una sutilísima hebra de vanidad mundana que le ligaba a la tierra. Yo, cumpliendo la voluntad de mi Padre, quebranté aquella hebra arrebatándole la copa de oro que conservaba con necio orgullo por habérsela regalado un rey, y el ermitaño goza ya de la bienaventuranza eterna en el reino de mi Padre.
El barquero que viste ayer sepultarse en el fondo del río, había cometido enormes culpas arrojando al agua a muchos viajeros para robarles; repetidas veces se había arrepentido y repetidas veces había reincidido en las mismas culpas. Ayer se hallaba en estado de gracia, porque acababa de confesarse y llorar sus culpas con sincero arrepentimiento. Muriendo ayer, subió derecho al cielo; si ayer no hubiera muerto, hubiera vuelto al pecado, y hubiera bajado derecho al infierno.
Por último, ese hombre a quien he dado la copa de oro era un honrado labrador, padre de dilatada familia. Pérdida de cosechas y otras desgracias le hicieron contraer grandes deudas y esperimentar grandes privaciones que le avergonzaban y lastimaban horriblemente. Para atolondrarse y echar de la memoria sus desdichas, el insensato acudía a la embriaguez.
-O, lo que es lo mismo, señor Maestro, tomaba por lo serio aquella estúpida máxima del pueblo soberano que dice: «Para no sentir penas, emborracharse.»
-Cierto, amado Pedro. Con el valor de la copa que yo le he dado, pagará todas sus deudas; atenderá a las necesidades de su casa; apartará a su familia de la senda de perdición a que empezaba a arrastrarla la miseria; será un ciudadano útil y un honrado padre de familia, y él y su mujer y sus hijos que caminaban para el infierno, caminarán para el cielo.
¡Amado Pedro! continuó Jesús, trocando la severidad en una dulce y benévola sonrisa, Dios, que es mi Padre, es la justicia y la sabiduría así en la tierra como en el cielo. La inteligencia humana, como es débil y mezquina por naturaleza, no comprende la razón y la justicia de todo lo que Dios hace; pero todo lo que Dios hace es sabio y justo. Los pobres de espíritu dudan; pero si no son también pobres de corazón, se salvan.
Aquel rayo de divina luz que irradiaba siempre la sonrisa de Cristo y solía iluminar vaga y fugitivamente la inteligencia del apóstol, la iluminó al fin por entero y se fijó en ella para no abandonarla jamás hasta aquella noche en que Pedro, a punto de cantar el gallo, negó tres veces a su divino Maestro Jesús el galileo en el atrio de Caifás.
-¡Oh, señor, exclamó San Pedro deshaciéndose en lágrimas de consuelo y de fe, pedid a vuestro Padre que tenga misericordia de mí!
-Amado Pedro, dijo Jesús sonriendo, tú eres de los pobres de espíritu de quien ha dicho mi Padre que serán con él en el reino de los cielos.

FIN DE LAS DUDAS DE SAN PEDRO.

El tío Interés

- I -

Hace ya muchos años, caminaba yo en una galera de Medina del Campo a Valladolid, y entre los viajeros que me acompañaban, iba una mujer que se quejaba amargamente de que no se le había hecho justicia en un pleito que estaba a punto de resolverse en segunda instancia en la Audiencia de
Valladolid, donde temía que tampoco se le hiciera justicia.
Con tal motivo o tal pretesto, se dijeron allí perrerías de los tribunales, y el que más benévolamente los juzgó fue un señor cura de aldea que se limitó a decir que los jueces tienen ojos y no ven.
Yo quise tomar la defensa de la justicia, porque esta señora de vidas y haciendas es muy respetable; pero fuese que el auditorio estuviese poco dispuesto a dejarse convencer, o fuese que la santidad de la causa que yo defendía no diese la suficiente elocuencia a mi palabra, de suyo poco persuasiva, es lo cierto que tuve que callarme porque creí que mis compañeros de viaje me comían vivo.
-¿No saben Vds. lo del tío Interés? preguntó un labrador gordo, alegrote, malicioso y decidor, que era de los que más parte habían tomado en la disputa, animado sin duda por las frecuentes caricias que tras un
«¿Ustedes gustan?» hacía a una enorme bota que asomaba la gaita en sus alforjas.
-No señor, le contestamos todos.
Y yo, que doy a las narraciones y cuentos populares la importancia que se les da en todos los países cultos donde se las recoge, imprime y estudia como documentos preciosos para conocer la historia y el espíritu popular, uní mis ruegos a los de mis compañeros para que el labrador contase lo del tío Interés, que, en efecto, nos contó sustancialmente en estos términos:

- II -

«En un pueblo de Castilla, cuyo nombre no viene a cuento, vivían tres sugetos muy conocidos por la singularidad de su carácter que bastarán a dar a conocer los apodos con que eran conocidos y uno de los rasgos más característicos que se atribuía a cada uno de ellos.
Del tío Interés se contaba que cuando el sastre le tomaba medida para hacerle ropa, se encogía conteniendo el aliento para que se necesitase menos tela.
Del tío Justicia se aseguraba que, siendo alcalde del pueblo, se prendió a sí mismo y se tuvo una porción de días en el cepo.
Y, por último, del tío Buenafé se decía que a las sociedades de crédito se le daba.

- III -

El tío Interés, el tío Justicia y el tío Buenafé se encontraron un día en la calle y trabaron conversación.
-¿Cómo va, tío Interés, cómo va con estos tiempos?

-¿Cómo quiere Vd. que me vaya, tío Justicia, sin ganar un cuarto con las bárbaras cosechas que hay todos estos años?
-¿Qué, las buenas cosechas le perjudican a usted?
-¡No me han de perjudicar, hombre! Cuando las cosechas eran malas tenía uno a porrillo labradores a quienes prestar dinero al ciento por ciento de interés; pero desde que son buenas, ni sin interés hay quien tome un cuarto.
-Hombre, me alegro de que le suceda a usted eso, porque es justo que los labradores cojan el fruto de su trabajo, y es una picardía que los usureros como Vd. engorden con su sudor.
-Soy de la misma opinión que Vd., tío Justicia, dijo el tío Buenafé.
-¡Vayan Vds. donde se fue mi dinero con sus escrúpulos de monja! exclamó el tío Interés muy quemado.
-Tío Interés, no se enfade Vd., hombre, dijo el tío Justicia, que en este mundo todos debemos desear el bien de los más y sentir el mal de los menos.
-Y además, añadió el tío Buenafé, cuando Dios da para Vicente, da para el vecino de enfrente. ¿Cómo Vd., que estudia con el enemigo malo para sacar partido de todo, no ha encontrado medio de sacarle de las buenas cosechas que hay estos años?
-Ya le he encontrado; pero para eso se necesita más capital que el que yo tengo.
-Esplíquese Vd., que quizá le podamos ayudar el tío Justicia y yo, pues gracias a Dios nos quedan algunos miles de reales de lo que heredamos de nuestros padres, aunque hemos perdido mucho, el tío Justicia por no querer pasar por cosas injustas y yo por fiarme de pícaros.
-Pues el medio que yo encuentro de sacar partido de las buenas cosechas que hay estos años consiste en dedicarse a comprar granos en Castilla, donde abundan, y venderlos en Andalucía, donde escasean. ¿Qué le parece a Vd. la idea, tío Justicia?
-Hombre, me parece buena y como tal la acepto con tal que procedamos con rectitud.
-¿Y a Vd., tío Buenafé?
-Digo lo que el tío Justicia: la idea me parece buena y me conformo con ella siempre que la buena fe sea la base de nuestra especulación.

- IV -

El tío Interés, el tío Justicia y el tío Buenafé se asociaron para comerciar en trigos.
Las bases de la sociedad fueron las siguientes:
1. ª El capital había de ser de 60.000 reales, poniendo cada socio 20.000.
2. ª Cada socio había de tener un distrito fijo en Castilla para la compra de trigos y otro también fijo en Andalucía para la venta, a cuyo efecto se dividía a Castilla en tres distritos y a Andalucía en otros tres.
3. ª Al cumplirse el año, los tres socios se habían de reunir en Madrid y repartirse por partes iguales los fondos que resultase tener la sociedad, hubiese disminuido el capital o hubiese aumentado.
Constituida así la sociedad, cada socio tiró por su lado y.....manos a la obra, a comprar barato y vender caro, que es el sencillísimo problema a cuya resolución se concretan los cálculos del comercio.

- V -

Espiraba el año y el tío Interés, el tío Justicia y el tío Buenafé tomaron el camino de Madrid para repartirse por iguales partes los fondos de la sociedad y dar esta por disuelta.

Librodot

El tío Interés llegó el primero, ansioso de ver a cuánto ascendía su parte de ganancias, que creía fuese grande, suponiendo que sus consocios las habían realizado aún mayores que las suyas, a pesar de que las suyas eran grandes, cosa que no le parecía al tío Interés, que en materia de ganancias todo lo tenía por poco.
Impaciente al ver que sus consocios no llegaban, determinó salirles al encuentro. En las llanuras de la Mancha encontró al tío Justicia y le hizo dos preguntas.
-¿Qué tales son las ganancias de Vd.?
-Hombre, regulares.
-¿Y dónde queda el tío Buenafé?
-Muy atrás debe quedar aún.
El tío Interés siguió su camino hasta dar con el tío Buenafé.
Encontróle a la banda de allá de Despeñaperros y se apresuró a preguntarle qué tal venía de ganancias.
-Malísimamente, contestó el tío Buenafé. Por fiarme de todo el mundo y proceder como Dios manda, no solo no he realizado ganancia alguna, por más que me he matado a trabajar, sino que he perdido la mayor parte del capital que he manejado.
El tío Interés se puso hecho un toro al oír esto; pero aparentó
tranquilizarse y emprendió la vuelta con el tío Buenafé.
Conforme caminaba, el tío Interés decía para sí:
-Con arreglo a lo convenido, en Madrid haremos un montón del dinero que llevamos los tres socios, y lo repartiremos por partes iguales; de modo que la misma cantidad me tocará a mí, que he duplicado la parte de capital que he manejado que a este estúpido de tío Buenafé que, lejos de ganar, ha perdido. Esto no puede quedar así.
Y faltándole del todo la paciencia con estas amargas reflexiones, al pasar por el despeñadero, que da nombre a aquella cordillera, porque es donde en tiempo de los moros se despeñaban voluntariamente los que no creían en Dios (calificados muy propiamente de perros por los mismos moros), cogió por la embragadura al pobre tío Buenafé, y después de arrancarle la mermada bolsa, ¡cataplum! le lanzó al precipicio, donde se hizo pedazos.

- VI -

El tío Interés llegó a Madrid y se dirigió a la posada donde esperaba a sus consocios el tío Justicia.
-¿Qué, viene Vd. solo? le preguntó éste admirado de ver que no llegaba con él el tío Buenafé. ¿Y el tío Buenafé, dónde queda?
-El tío Buenafé, no sólo no ha ganado nada, sino que ha perdido la mitad de los fondos que ha manejado, y como con razón se le cae la cara de vergüenza por su mala suerte, o, mejor dicho, por su tontería, me ha dado el poco dinero que traía y dice que renuncia su parte y ni aun quiere presentarse delante de nosotros. Conque, ea, vamos a reunir todos los fondos y a repartirlos entre los dos, que así nos tocará más.
-Eso no lo consiento yo, exclamó muy incomodado el tío Justicia. Al tío Buenafé, haya perdido o haya ganado, le corresponde igual cantidad que a cada uno de nosotros.
-Hombre, no sea Vd. tonto.....
-¡Hombre, no sea Vd. injusto!
Que si ha de ser, que si no ha de ser, en éstas y las otras, el tío
Interés, que buscaba medio de quedarse con todo, sacó con mucho disimulo la navaja y le tiró al tío Justicia un navajazo que le echó un ojo fuera.

Librodot

El tío Justicia echó a correr, y viendo que el tío Interés le perseguía navaja en mano, le arrojó la bolsa, y a esto debió su salvación, pues el tío Interés se bajó a cogerla, y así pudo escapar el pobre tío Justicia.»

- VII -

Al llegar aquí el labrador, sacó la bota y le dio un beso tan prolongado, que no pude menos de preguntarle impaciente:
-¿Y qué ha sido del tío Interés y del tío Justicia?
-Hace pocos días pasé por su pueblo, y acordándome de ellos, hice esa misma pregunta a una mujer que estaba lavando ropa en un arroyo.
-El tío Interés, me contestó, bien rico y gordo está, mal año para él. En cuanto al tío Justicia, alcalde del pueblo es ahora.
-¿Pero está bueno?
-Le falta, con perdón de Vd., el ojo derecho.
Y queriendo sonsacar a aquella buena mujer lo que se opinaba en el pueblo del crimen de Despeñaperros.
-¿No hay en este pueblo, la pregunté, un sujeto llamado por mal nombre el tío Buenafé?
-Buenafé... contestó procurando recordar, Buenafé... ¡ah! ya no existe.
Calló el labrador y callamos todos por un instante, y el señor cura interrumpió al fin el silencio diciendo:
-Ese cuento prueba que si el pueblo pagano tenía símbolos y mitos para representar sus vicios y sus virtudes, también el cristiano pueblo español los tiene, y muy discretos y significativos.

FIN DE EL TÍO INTERÉS.

El cura nuevo

- I -

Esto debió suceder hace más de un siglo, pues fue en tiempo de mi bisabuelo materno Agustín de Garay, quien lo contaba a mi abuela, que a su vez lo contaba a mi madre, como ésta me lo contaba a mí, bien distantes todos por cierto de que en letras de molde se lo había de contar yo al público.
Era hacia fines del mes de Julio; por más señas, un sábado al anochecer. Los vecinos de Montellano, conforme dejaban las heredades donde andaban en la siega del trigo y la resalla de la borona, se iban reuniendo en el campo de Acabajo, uno de los cuatro barrios en que se divide aquella aldea de veinticinco vecinos.
Aquel campo, donde hoy existe una ermita dedicada a San Antonio Abad, abogado de los animales, era entonces mucho más espacioso que ahora, porque después le han ido invadiendo y estrechando las codiciosas heredades hasta el punto de faltar poco para que digan a la ermita, la era y los nogales que aún quedan en él: «a ver si os quitáis de ahí, para que nosotras nos ensanchemos un poquito más;» como que llegaba hasta la Fuente fría que hoy está separada de él por una estradita que corre entre heredades.
No era sólo el deseo de refrescar en la fuente lo que reunía allí entonces a los vecinos de Montellano, sino una novedad de las más grandes de la aldea: subía ya por el castañar de Traslacueva, acompañado de un hermoso perro de caza y montado en el caballito de San

Francisco, el cura nuevo, y los vecinos, ansiosos de conocerle y saludarle, se reunían y le esperaban en el campo de Acabajo, donde sin duda se detendría un rato a descansar antes de subir por la llosa del Portal al barrio de las Casas, en el que mi bisabuela Magdalena de Umaran le tenía preparado provisional hospedaje, que consistía en el mejor cuarto de la casa, lindamente blanqueado la víspera por mi bisabuelo, con una caldera de lechada de cal distribuida hasta en el techo con ayuda de una brocha de brezo.

Cuando apareció en el campo el señor cura, todos los vecinos que estaban sentados en las cañas (o varas) de los carros o en las raíces de los nogales, se levantaron respetuosamente y salieron a su encuentro, le saludaron y le invitaron a descansar en el asiento de preferencia, que eran las susodichas cañas.

El señor cura, mostrándose muy agradecido y afable, aceptó aquel asiento, y el perro se tumbó a sus pies.

Era tan joven, que apenas aparentaba la edad necesaria para ordenarse de misa, y así que dirigió algunas palabras a sus feligreses, éstos quedaron prendados de su finura, de su piedad y de lo que ellos calificaron desde luego de su sabiduría. Hacía algunos instantes que le escuchaban como embobados, cuando sonó el toque de oraciones en la parroquia de Santa María, que blanqueaba solitaria a través del ramaje de los castaños, allá arriba en la cuesta entre los cuatro barrios de la aldea, y el señor cura, descubriéndose la cabeza, en lo que le imitaron todos los hombres, empezó a dirigirlas Ave-Marías, intercalando las correspondientes oraciones en latín, que enamoraron a hombres y mujeres, aunque por supuesto no entendían los pobres más que el castellano y ese salpicado de vasconismos, pues a la sazón todavía se hablaba el vascuence en la cordillera del concejo de Galdames (a que pertenece Montellano) confinante con Baracaldo y Gueñes.

El señor cura, no contento con rezar las tres Ave-Marías.. les añadió una porción de Padre nuestros a diferentes santos y con diferentes intenciones, todas ellas muy piadosas, lo que prolongó aquella laudable ocupación cerca de media hora, que le dio ocasión de conocer la piedad de sus feligreses, pues solo uno de ellos se durmió, a pesar de que todos habían madrugado y estaban como quien dice reventados de trabajar.

Así que terminó el rezo, el señor cura se dispuso a continuar su camino acompañado de mi bisabuelo, de otros vecinos del barrio de las Casas y por supuesto del perro; y en efecto, despidiéndose afabilísimo de los de los otros barrios, saltó, con su acompañamiento el seto del Portal y continuó llosa arriba a la luz de la luna que acababa de asomar como una gran rueda de fuego sobre la cúspide calcárea del Ereza.

-¡Jesús, qué señor cura tan sabio, tan santo y tan cariñoso nos ha traído Dios! exclamó conmovida y entusiasmada una de las mujeres, cuando el señor cura se alejaba llosa arriba.

Y hombres y mujeres, no menos conmovidos y entusiasmados, corroboraron su opinión, menos un mozallón conocido por Antonazas el de Seldortun, que era el que había estado dando cabezadas mientras rezaba el señor cura, y se contentó con dar un gran bostezo desperezándose brutalmente.

-¡Este Antonazas siempre ha de ser el mismo! exclamó disgustada la buena mujer que había tomado la iniciativa en aquel elogio. ¿Qué, no te gusta el señor cura nuevo?

-El señor cura nuevo, contestó Antonazas dando otro bostezo, me parecería al ólio si fuera tan pesado; pero ¡porrazo! lo es más que el mazo de la ferrería del Pobal.

Todos los vecinos y vecinas hicieron heroicos esfuerzos para disculpar la pesadez del señor cura; pero convinieron con Antonazas en que los vecinos de Montellano no estaban acostumbrados a dedicar media hora a la salutación del Ángel.

- II -

Librodot

Entre los barrios del Seldortun y el Avellanal, que distan entre sí como un millar de pasos, hay una caverna conocida con el nombre de cueva de la Magdalena. Por esta caverna pasa una vena de agua que, brotando un poco más abajo, daba movimiento en el siglo pasado a una aceña que en mi niñez estaba arruinada y se reedificó convirtiéndola en molino con rodetes horizontales. Ese molino, a pesar de ser el único posible en la aldea que situada en la ladera del monte no tiene raudal de agua más abundante que aquél, molió por muy poco tiempo, y hoy, deshabitado y caídas sus puertas, sólo sirve para inspirar pavor a los que por allí pasan y para que en la canícula, cuando pica la mosca al ganado que pasta sin guarda (como es uso y costumbre en Vizcaya donde el guarda principal de todo es el sétimo mandamiento de la ley de Dios) en aquellos sombríos castañares, sestee en él.

El molino quedó abandonado, no tanto por la escasez de agua (que si en toda estación era suficiente para mover la rueda de madera de la antigua aceña, no lo era en verano para mover los rodetes de hierro, a menos de moler a represas), como porque el molinero que en él establecieron sus dueños los Sangineses, vecinos de la aldea y a quienes ésta debe hoy beneficios dignos de mucho agradecimiento, empezó a dejarse dominar, de tan supersticiosos terrores, que le hicieron abandonar aquella soledad.

Algo impropio es llamar soledad al sitio que ocupa el molino, puesto que apenas canta un gallo en la aldea sin que desde el molino se oiga, y hasta recuerdo que la última tarde que yo pasé por allí, desde el carmarado percibí el aroma de unas magras que en cierta casa de más arriba empezaba a freír una buena montellanesa, que me había visto subir y se había propuesto no dejarme pasar por su puerta sin que me detuviera a merendar; pero es allí tan profunda y estrecha la cañada y la arboleda tan espesa y frondosa y el torrente tan ruidoso por lo quebrado y pendiente de su lecho, que aun en pleno día suelo yo mismo sentirme sobrecogido de pavor al pasar por allí, no sé si por la naturaleza del sitio o por el recuerdo de las medrosas consejas que en mi niñez oí contar de aquel vallejuelo.

Cerca de la cueva de la Magdalena existió, hasta bien entrado este siglo, una ermita de la misma advocación, que antiguamente debió ser muy venerada, pues en los libros de la parroquia, que empiezan a fines del siglo XV, aparece que se imponía el nombre de la pecadora arrepentida a muchas niñas de la aldea. Esta devoción fue cesando hasta el punto de que la ermita, cuyas ruinas apenas se distinguen hoy, se estaba cayendo. Una sencilla mujer tomó un día la imagen de la santa titular creyendo no ser decoroso que permaneciese allí, y la llevó a la parroquia. El señor cura, D. Francisco Hurtado de Sarachu, de quien recibí el bautismo (¡canario, qué dato para la historia!) la obligó a devolverla, entendiendo que no era lícito hacer tan sin ceremonia la traslación, y la hizo él procesionalmente, arruinándose poco después la ermita.

Como la imagen era increíblemente tosca y además de esto estuviese muy maltratada por los años (quizá por los siglos) y la intemperie, creyó el párroco que no debía colocársela en la iglesia a la veneración pública y la trasladó al campanario.

Allí la encontramos José-Mari(5) y yo hace tres años, en una de nuestras frecuentes escapatorias a la alegre y amada aldea de nuestra infancia, y pensando, no ya sólo como cristianos, sino también un poquito como poetas, como artistas y como filósofos, digimos:

-¿Que es rústica y sencilla esta imagen hasta el punto de recordar la rusticidad y sencillez de los pobres pescadores del mar de Galilea a quienes Jesús escogía para predicar el Evangelio de Dios a las gentes de buena voluntad? ¿Que los siglos y los ósculos y la humedad de las lágrimas de la fe la han deteriorado? ¡Qué importa eso! ¡Imagen de una santa o simplemente leño bendito en que generaciones enteras han fijado los ojos inundados de lágrimas y de donde han manado para ellas inefables consuelos, tú debes ser objeto sagrado, bien te contemplemos con los ojos de la fe, bien con los de la filosofía o bien con unos y con otros!

Y pensando y sintiendo así, José-Mari trajo a Bilbao la imagen, la hizo pintar y aderezar un poco sin que perdiera su primitiva fisonomía, y la colocó en uno de los retablos parroquiales donde los nietos de los que buscaron amparo y consuelo en la protección de María Magdalena, han vuelto a buscarlos en el culto del sencillo y sagrado simulacro que adoraron sus abuelos.

Ya veremos cómo algo de todo esto que parece aquí impertinente viene muy a cuento para la mejor inteligencia de lo que contaré más adelante, y aunque no viniera, ningún lector sensato me culparía por haberme entretenido en estas digresiones, porque, ¿quién puede llevar a mal que el que pasa por junto a la casa donde nació y la iglesia donde le hicieron cristiano y los árboles a cuya sombra jugó cuando niño y el osario donde están los huesos de sus abuelos se detenga un poco, como yo me he detenido a meditar, a recordar, a rezar y a narrar alguno de sus recuerdos? Nunca, pobre aldea mía, jugó a la sombra de tus nogales y tus castañoss, hasta que yo jugué, quien hubiera de escribir libros. ¡Cómo yo que los escribo, aunque malos, no he de consagrarte en ellos algunas páginas!

- III -

El pueblo no gusta de curas que en el desempeño de su sagrado ministerio pequen de menos o de más. Por eso ha inventado la frase «en menos que se persigna un cura loco,» y aunque no haya inventado otra contra las misas largas, la suple asistiendo de mala gana o no asistiendo a ellas.

Según las autoridades eclesiásticas más competentes, la misa rezada no debe durar menos de veinte minutos ni más de treinta. Yo conozco una aldea de Vizcaya de gente tan morigerada y piadosa como trabajadora y sencilla a donde no ha muchos años fue un cura nuevo que se hizo en poco tiempo objeto de la animadversión de sus feligreses hasta el punto de tener que trasladarle el señor obispo a otro curato, y todo a pesar de ser celosísimo en el desempeño de su ministerio. Las faltas que le achacaban sus feligreses eran dos: la primera que hasta los días de trabajo, después de emplear cuarenta minutos en la misa rezada, empleaba otros veinte en lecturas morales, o exhortación oral desde el púlpito; y la segunda, que para reprender los vicios de aquella aldea encarecía las virtudes de la suya, privando con lo primero al vecindario de un tiempo que le era indispensable para-el trabajo y mortificando con lo segundo su patriotismo, pues con razón se ha dicho que las comparaciones son odiosas.

El cura nuevo de Montellano no incurría ni por asomo en la segunda de estas faltas; pero sí algún tanto en la primera. Empleaba una mitad de tiempo más de lo ordinario en la misa y demás oficios parroquiales; pero era su piedad tan sincera y tan laudable su celo por el bien espiritual y material de sus feligreses, que estos estaban muy contentos con él, y aunque convinieran en que era algo pesado, se conformaban con esta pesadez y afeaban la conducta de Antonazas, que siempre se estaba quejando de ella.

Precisamente Antonazas era el vecino de la aldea que menos necesidad tenía de escatimar tiempo al cumplimiento de los deberes religiosos, por la sencilla razón de que era el vecino más rico; pero como su lógica iba siempre al revés, precisamente esta era la razón por que le escatimaba. En aquel tiempo era costumbre en Montellano oír misa los trabajadores el día de labor como el día festivo, ya fuesen jornaleros o ya se ocupasen en las faenas propias, y como Antonazas tenía continuamente jornaleros, porque era el que más tierras labraba, y las labraba todas con manos ajenas, de aquí el que le doliese más que a nadie el que las misas del cura nuevo fuesen menos breves que las del cura viejo.

Antonazas era muy tonto y terco, y agravaba esta cualidad con la de ser muy presumido de discreto.

Librodot

-Para los que tenemos un poco de talento, solía decir, no hay cosa imposible en el mundo, porque con el talento todo lo conseguimos.
El domingo, después de misa (que era a las diez), solían los muchachos armar un partido de pelota, sirviéndoles de frontón la pared que sustenta el campanario, y mientras las mujeres, después de doblar la mantilla de franela y colocarla sobre la cabeza a guisa de quita-sol, se apresuraban a ir a casa para activar y preparar la comida, los hombres se quedaban a presenciar el partido y echar una pipada sentados bajo los enormes castaños que sombrean la esplanadita de junto a la iglesia, hasta que sonaban las doce, a cuya señal el juego concluía y todos se dirigían por aquellas arboledas, como ellos decían, en busca de la puchera.
No faltaba nunca Antonazas en esta reunión, donde él era el que principalmente llevaba la palabra, pretendiendo ser la autoridad suprema e inapelable, así en los incidentes del juego como en los demás asuntos de la aldea que allí se discutían.
El que más parecía preocupar a Antonazas, pues apenas sabía éste hablar de otra cosa, era el de la pesadez del cura nuevo.
-Para vosotros que no tenéis pizca de talento, decía un domingo, no vale nada que el señor cura gaste cada día una hora en lugar de media en las cosas de la iglesia; pero para los que le tenemos, vale mucho. Y si no voy a haceros la cuenta de la vieja, porque a vosotros hay que meteros las cosas con cuchara. Ven acá tú, Pitis, que entiendes mucho de cuentas, y con un carbón haz en esa pared las que yo te diga. Pitis, que era un chico muy vivaracho, hijo de Quicorro el de la aceña de Seldortun, se apresuró, lleno de orgullo, a buscar un carbón en un torco inmediato(6) y se acercó a la blanca pared de la iglesia, carbón en mano, dispuesto a hacer las operaciones aritméticas que Antonazas le indicase.
-Montellano, continuó Antonazas, tiene veinticinco fogueras, que calculándole a cada una cinco personas, hacen.....
-Ciento veinticinco personas, añadió Pitis después de multiplicar 25 por 5.
-Algunas de esas personas no oyen misa más que los días de fiesta y media fiesta; pero las demás la oyen todos los días. Calculemos que los que la oyen todos los días son ciento y veamos cuántas son las misas que todas esas personas han oído al cabo del año. A ver, Pitis, cómo te compones para averiguarlo.
Pitis se apresuró a multiplicar 365 por 100, y dijo:
-Son 36.500 misas las que al año ha oído toda la gente de Montellano.
-¡Bien, Pitis; eres un gran contador! Ahora tenemos que ver cuántas horas de trabajo ha perdido esa gente por hacerle el señor cura gastar cada día media hora más de lo regular en las cosas de la iglesia.
-La mitad de 36.500 son 18.250, dijo Pitis tras una nueva operación aritmética, o, lo que es lo mismo, la gente de Montellano gasta de más en la iglesia 18.250 horas al año.
-¡Está al ólio ese cálculo! Este Pitis merece dos cuartos para una libra de cerezas. Allá van.
Así diciendo, Antonazas tiró dos cuartos al chico, y éste, después de cogerlos al vuelo brillándole los ojos de alegría, se apresuró a emplearlos en una libra de cerezas que vendía una mujer al pie de un castaño y que recogió en el seno de la camisa. Pitis, ocupada una mano con el carbón y la otra en moverse desde el seno a la boca, se aproximó de nuevo a la pared para proseguir las operaciones aritméticas.
-Amigo Pitis, ya vamos concluyendo nuestra tarea, le dijo Antonazas.
Al día las horas útiles de trabajo se pueden calcular, por término medio, en diez, y, por consiguiente, hay que ver cuántos días de diez horas, o, lo que es lo mismo, de trabajó, hacen esas 18.250 que los montellaneses empleamos de más al año en la iglesia por la pesadez del señor cura nuevo.
-Hacen 1.825 días.

-¿Lo veis, brutos, lo veis? ¡El señor cura nuevo nos roba al año, como quien no dice nada, 1.825 días de trabajo real y positivo!
-¡Parece mentira! exclamaron santiguándose de admiración todos los circunstantes, menos mi bisabuelo.
-Pues no hay mentira que valga. Y ahora, ¿creéis que debemos estar muy satisfechos con que el señor cura nuevo quite a Montellano cada día cincuenta horas de trabajo, que eso es lo que resulta también de los cálculos que hemos hecho? Estos cálculos no fallan, porque si son cien personas las que cada día vienen a la iglesia y a cada una le hace perder media hora de trabajo, claro está que la pérdida de todos es de cincuenta horas al día.
Mi bisabuelo, que estaba presente, no era más perspicaz ni discreto que sus convecinos; pero había tomado tal afecto al señor cura nuevo y había formado tan ventajosa idea de su piedad y sabiduría en los pocos días que le había dado hospitalidad hasta que le dispusiesen casa propia, que no podía creer que fuesen exactos los cálculos de Antonazas. Viendo que no encontraba en lo humano medio de desmentirlos, pues no le ocurría siquiera la aclaración de que los 1.852 días de trabajo eran de una sola persona, hizo un esfuerzo supremo para encontrarle en lo divino.
-¿Qué dices tú a esto, Agustín, que estás tan callado? le preguntó Antonazas.
-Digo, contestó mi bisabuelo levantándose profundamente disgustado de que con tan mezquinos cálculos se rebajase la estimación y el respeto debidos al señor cura, digo que si el señor cura nos quita algún tiempo para trabajar por los bienes de la tierra, es para dárnosle para trabajar por los bienes del cielo.
Y así diciendo, tomó castañar adelante con dirección a las Casas, donde ya he dicho que estaba la suya.
La semilla de la duda que dejaba sembrada en el campo de las falsas afirmaciones de Antonazas brotó inmediatamente, y Antonazas sudó para desvirtuarla, lo que aun así no consiguió por completo.
Sonaron las doce, y la controversia se interrumpió para prepararse cada cual a tomar el camino de su casa.
-Pero oye, Antonazas, dijo uno de los vecinos, ¡para qué nos hemos de romper la cabeza con estas disputas! Si tú crees que es un mal para Montellano el que el señor cura nuevo sea más pesado que el anterior, ¿por qué no pones pies en pared y lo remedias, ya que te precias de tener talento y aseguras que con el talento se consigue todo en este mundo?
-Sí que los pondré y lo remediaré, ¡porrazo! contestó Antonazas con la vanidad del necio y la saña del pobre diablo que presume ser infalible y ve dudar de su infalibilidad.
Aquella misma tarde, cuando la gente salió del rosario, y, según costumbre, se esparció por los alrededores de la iglesia para solazarse, los casados chupando su pipa y hablando de sus parejas de bueyes y sus heredades, las casadas de sus maridos y sus hijos y sus faenas domésticas, y los solteros, unos jugando a la pelota o a los bolos y los demás bailando con las muchachas al son de la pandereta, Antonazas, acompañado de algunos vecinos, entre ellos mi bisabuelo, se sentó en el pórtico renovando la cuestión de la pesadez del cura nuevo.
Cuando salió éste de la iglesia para dirigirse a casa, los saludó afectuosamente, y todos se levantaron para contestar a su saludo menos Antonazas, que, no contento con esto, interrumpió los saludos que se cruzaban entre el párroco y los vecinos, diciendo al primero:
-Señor cura, una cosa le tengo que decir a usted, y perdone que sea el más atrevido de todos los de Montellano, porque como aquí ninguno tiene pizca de talento sino yo, aunque me esté mal el decirlo, ¡quién ha de decir las cosas si no las decimos los que tenemos un poco de esplicación!
El señor cura se sonrió benévolamente de la presunción de Antonazas.
-Veamos, Antón, qué es lo que Vd. tiene que decirme.

Librodot

-Pues nada, es que aquí para vivir tenemos que trabajar mucho y aún así no nos alcanza el trabajo. El día de fiesta, es verdad, no trabajamos en las heredades, pero no faltan en casa enredillos en que hay que aprovechar el tiempo.
-No entiendo lo que Vd. quiere darme a entender, Antón.
-Yo me esplicaré, señor cura, que a Dios gracias esplicaderas no me faltan. Pues quería decirle a Vd. que santo y may bueno es pasar el tiempo en la iglesia, pero así ni el día de trabajo se labran las piezas ni el día de fiesta se cuida el ganado.....
-Sigo, amigo Antón, sin comprender a dónde va Vd. a parar.
-Voy a parar, señor cara, a decirle a Vd. en mi nombre y el de todos los vecinos de Montellano.....
-En mi nombre no, exclamó mi bisabuelo incomodado y alejándose del pórtico.
-Quería decirle a Vd. que el otro señor cura, que esté en gloria, tardaba la mitad que Vd. en las cosas de la iglesia.
-Antón, el señor cura a quien he sustituido sin merecerlo, pues sé que me aventajaba mucho en virtud, saber y celo sacerdotal, emplearía en el desempeño de su ministerio el tiempo que su conciencia le señalaba, como yo empleo el que me señala la mía.
-Pero el caso es, señor cura, que Vd. emplea cada día lo menos media hora más que él, y así resulta que entre todos los de Montellano perdemos al día cincuenta horas de trabajo que usted nos roba.....
-Antón, exclamó el señor cura un poco incomodado, respete Vd., ya que no al hombre, al sacerdote.
-Hola, señor cura, ¿conque se incomoda usted porque le dicen la verdad? Pues ¡porrazo! aguántese o no nos obligue a decírsela.
El señor cura, comprendiendo que era inútil y depresivo de su dignidad el altercar con aquel pedazo de bestia, se apresuró a dar las buenas tardes a los del pórtico y tomó el camino de su casa pensando cuánta paciencia y cuánta prudencia necesitan los que ejercen una misión puramente espiritual en los campos donde, si abundan las sencillas, puras, suaves y aromáticas flores, también crecen entre ellas los punzantes, ásperos e inodoros cardos.

- IV -

La aceña de Seldortun era en invierno y en verano el mentidero de la aldea. Generalmente los molineros de Vizcaya recogen en las casas y devuelven a las mismas molido el grano que semanalmente consume la familia; pero en Montellano no sucedía así, porque estando la aceña casi en mitad de la aldea y distando poco entre sí los cuatro barrios de que ésta se compone, las vecinas iban una vez a la semana a la aceña con el zurrón en la cabeza, esperaban a que se le moliera y volvían con él convertido en harina, que inmediatamente cernían, amasaban y cocían en el horno que toda casería tiene al lado. Así era que en todo tiempo y a toda hora, lo mismo de día que de noche, siempre había mujeres y aún hombres en la aceña de Seldortun esperando la molienda, bien dentro, en el saloncillo de las tolvas, o bien en la portalada a la que daban sombra dos enormes castaños, a cuyo pie había asientos hechos con muelas rotas.
Era por el mes de Agosto y apretaban los calores, y, sin embargo, después de anochecer desapareció de la portalada la tertulia trasladándose al saloncillo interior, donde todos hablaban en voz baja y no se oían las alegres carcajadas de costumbre.
Mi bisabuela Magdalena era una de las mujeres que aquella noche estaban en la aceña, y a esta circunstancia se debe el haber llegado a mi noticia lo que allí se habló, porque, como ya he dicho, ella se lo contó a mi abuela Agustina, mi abuela a mi madre Marta y mi madre me lo

contó a mí como si presintiera que yo estaba destinado a escribir libros que ilustrasen al mundo, con narraciones tan trascendentales y luminosas. Como éstas.
-Pero, señor, exclamó la aceñera mirando tímidamente por una ventanilla que daba al camino que haciendo tornos descendía de junto a las casas de Seldortun casi tocando en el borde de la cueva de la Magdalena, ¡dónde estará ese enemigo de chico! Hace días que no se puede hacer carrera de él, hoy que va aquí, mañana que va allí, otro día que va acullá. Hoy, después de comer, dijo que se iba a las laderas de Llangon a ver si la cabra que nos faltó días pasados estaba con las de Talledo o Baltezana, y ni viene ni parece.
-Ese, dijo su marido Quicorro, ha bajado tarde, y, no atreviéndose a pasar por la cueva de la Magdalena, se ha quedado a dormir en la cabaña de los carboneros de allá arriba. ¡Estamos bien los de Seldortun, y particularmente los de la aceña con el padrastro de la tal cueva y con la terquedad del señor cura nuevo en no querer venir a conjurar el espanto ni hacer caso de lo que el espanto dice!
-¿Pero vosotros creéis que tal espanto haya en la cueva de la Magdalena? preguntó mi bisabuela en voz bastante baja para hacer dudar de la tranquilidad de su espíritu.
-¡Pues no lo hemos de creer! contestaron todas las mujeres.
-¡Que me lo pregunten a mí! añadió una de ellas. No sé cómo no me caí muerta al oírle. Al pasar por el Avellanal, me dijeron: « Mira, anochece ya, y es mejor que vayas a la aceña castañar abajo aunque te espongas a rodar con el zurrón por la cuesta, porque si vas por la cueva de la Magdalena, de seguro oyes el espanto». Dejadme de espantos, que yo no creo en ellos, contesté, y seguí el camino de Seldortun; pero nunca tal hubiera hecho, porque oigo hacia la cueva un silbido como para reclamar mi atención; me paro, escucho, y en seguida oigo una voz quejumbrosa y triste que sale de la cueva y me dice:
-Yo soy el alma del cura viejo, que aun después de muerto se desvive por el bien de los montellaneses, y de parte de Dios te mando que vayas al cura nuevo y le digas que si sigue robando a los montellaneses cincuenta horas de trabajo cada día, van a venir sobre Montellano muchos males, y él será responsable de ello en este mundo y en el otro.
-¡Jesús, qué miedo! exclamaron las mujeres y los hombres apiñándose como buscando protección unos en otros.
-¿Y vas a hacer el encargo del espanto? preguntaron muchos de los circunstantes a la espantada.
-¿Pues qué he de hacer si no? En cuanto amanezca me voy a ver al señor cura y se lo digo.
-Pero el señor cura no te hará caso, replicó mi bisabuela, porque cuando esta mañana le fue la Cana de Acabajo conque anoche al venir a la aceña le había encargado el espanto lo mismo que a ti te ha encargado esta noche, el señor cura se echó a reír y le dijo que no la absolvería cuando se fuera a confesar si seguía creyendo en tales supersticiones.
-Pues haga el señor cura lo que haga y dígame lo que me diga, yo cumplo con ir a verle y decirle lo que pasa, y mañana antes de ponerme a cerner iré y se lo diré.
En estas conversaciones y estos temores estaba la gente de la aceña, cuando llamaron a la puerta y todos se estremecieron de espanto.
-¿Quién es? se atrevió Quicorro a preguntar.
-Abra Vd., padre, contestó Pitis con voz desmayada. Quicorro se apresuró a abrir, y Pitis se precipitó dentro, todo descompuesto y asustado.
-¿Qué es eso, hijo? le preguntó su madre sobresaltada mientras su padre no acertaba de miedo a cerrar la puerta.
-¡El.....espanto!.....balbuceó el muchacho falto de aliento y sobrado de terror, cayendo como desfallecido sobre un arca.
-¡Dios nos tenga de su mano! exclamó la aceñera, haciéndola coro, con exclamaciones análogas, todos los presentes.

Librodot

Al fin el muchacho se repuso un poco y pudo hablar para contar lo que le había sucedido: lo que le había sucedido era que habiéndose detenido demasiado en el monte en busca de la cabra, con la que al fin no había dado, a pesar de haber examinado todos los rebaños de Montellano,
Baltezana, Talledo y Las muñecas, al pasar por la Magdalena, el espanto le había hecho el mismo encargo que a los de la molienda.
En estas conversaciones estos terrores pasó la noche, y tan luego como amaneció, los huéspedes de la aceña tomaron cada cual el camino de su casa con el zurrón de harina en la cabeza o en el hombro.
El señor cura vivía en las Casas, en una contigua a la de mi bisabuelo. Terminados sus rezos, en que se ocupaba desde el amanecer, hora a que comúnmente se levantaba, se disponía para ir a la iglesia a decir misa, que el día de trabajo era a las ocho, cuando se le presentó la buena mujer a quien la noche anterior había dirigido la palabra el espanto.
El señor cura escuchó con mucha atención la relación de la espantada, que la corroboró con la advertencia de que también a Pitis había hablado el espanto y le había hecho el mismo encargo que ella.
-¿Y qué hora era, le preguntó, cuando a usted le sucedió eso?
-Un poco después de anochecer.
-¿Es decir, a la hora en que la noche anterior le sucedió lo mismo a la Cana de Acabajo?
-Sí señor, pero debo advertir a Vd., señor cura, que también algo más tarde habla el espanto, porque cuando le habló anoche a Pitis era más tarde.
-Bien, dijo sonriendo el señor cura, eso quiero decir que el espanto no está en casa hasta que anochece. Iremos a esa hora a conjurarle.

- V -

Al anochecer de aquel mismo día se iban reuniendo los vecinos del barrio de las Casas en el hermoso campo poblado de árboles frutales que aún subsiste en medio del barrio, aunque algo mermado a fuerza de tirarle disimulados pellizcos los vecinos para ensanchar cada cual su huerto.
Cuando el señor cura vio llegar a mi bisabuelo, le llamó y le dijo:
-Agustín, venga Vd. conmigo para servirme de acólito, que voy a conjurar el espanto de la cueva de la Magdalena.
-Pero, señor cura, le contestó admirado mi bisabuelo, ¿Vd. cree lo del espanto?
-Lo que creo es que debo averiguar lo que en ello haya de cierto.
-Pues vamos allá, señor cura; pero como es de noche y nadie sabe lo que hay en las cuevas, por sí o por no, convendría que no fuéramos con las manos peladas...
-Ya llevo yo aquí con qué defendernos en caso necesario, contestó el señor cura señalando un objeto que abultaba bajo su sotana.
-¿Qué es eso, señor cura?
-El hisopo.
-Ea, pues, voy a tomar el farol y echaremos a andar.
Mientras mi bisabuelo subía por el farol, el señor cura dio un silbido, e inmediatamente acudió el perro, que empezó a hacerle fiestas.
El señor cura y mi bisabuelo, con el farol encendido, tomaron el camino de Seldortun precedidos de Javalinero, que así se llamaba el perro por su destreza en perseguir y apresar a los jabalíes hasta en las cavernas más recónditas. Como la distancia desde el barrio de las Casas hasta Seldortun era larga, en el camino se les fueron reuniendo muchos vecinos de los que regresaban de las heredades, y movidos de la curiosidad o la devoción se fueron con ellos.

Librodot

Cuando pasaron por el barrio del Avellanal, los curiosos o devotos se aumentaron notablemente, y al acercarse a la cueva de la Magdalena también salió a su encuentro un grupo de gente de las inmediatas casas de Seldortun.

La cueva de la Magdalena es una gran abertura que penetra horizontalmente en la roca; pero su piso está más bajo que el terreno contiguo a la boca, por lo cual hay que descolgarse cosa de dos metros para penetrar en la cueva.

Mi bisabuelo quiso alargar el farol con objeto de alumbrar el interior de la caverna; pero el señor cura se lo impidió diciéndole:

-Agustín, no se moleste Vd. en eso, que tengo yo un gran registrador de cuevas, y es necesario que registre ésta a ver si el espanto está dentro o ha salido de paseo, en cuyo último caso nos escusamos de malgastar conjuros.

Así diciendo, el señor cura silbó al perro que andaba por allí y que se apresuró a ponerse a sus órdenes.

-¡Javalinero, adentro! gritó al perro señalándole la boca de la caverna.

Y Javalinero se lanzó a la cueva estremeciendo de horror a las gentes que presenciaban la escena, porque no podían concebir que hubiese bicho viviente, aún irracional, capaz de luchar frente a frente con los espantos.

Tras un momento de ansiedad y silencio sólo interrumpido por el sordo murmullo del raudal de agua que atravesaba por la cueva para salir más abajo, se oyeron en el interior de la cueva furiosos ladridos del perro y como gritos y ayes de persona humana que lo cóncavo del lugar donde se daban hacía confusos, y no tardó en oírse otro ruido como el de un cuerpo arrastrado sobre las piedras sueltas y secas y los huesos de que cubrían el pavimento del primer techo de la caverna. Aquel ruido se fue acercando a la boca de ésta, y entonces mi bisabuelo se adelantó con el farol a cuya luz se vio que lo que arrastraba Javalinero era el cuerpo de un muchacho cuya ropa tenía asida con los dientes.

El señor cura y mi bisabuelo saltaron a la cueva, gritando el primero al perro:

-¡Javalinero, suelta!

Javalinero soltó y mi bisabuelo exclamó al reconocer a la luz del farol el cuerpo del muchacho:

-¡Es Pitis, es Pitis, que está desmayado!

Los vecinos lanzaron un grito de sorpresa al oír esto, algunos bajaron a ayudar al señor cura y mi bisabuelo a subir el muchacho.

Fuera éste de la cueva, se vio que no tenía herida alguna.

-¡Agua, agua para rociarle con ella la cara, a ver si vuelve en sí! dijo el señor cura.

Mi bisabuelo corrió con el farol en la mano a traer agua en el ala del sombrero de vertedera del manantial procedente de la cueva que brotaba más abajo de ésta.

-¡Esta agua baja ensangrentada! exclamó al cogerla del manantial.

-¡Ensangrentada! repitieron todos con espanto. El señor cura volvió a examinar el cuerpo de Pitis, y no encontrando en él lesión alguna, dijo:

-Rocíen Vds. con agua la cara del muchacho, que yo voy con Agustín y Javalinero a averiguar de qué procede la sangre que sale de la cueva.

Y añadió:

-¡Javalinero, adentro!

Y sacando de debajo de la sotana el hisopo, es decir, una pistola que amartilló, se lanzó a la cueva precedido del perro y seguido de mi bisabuelo, armado únicamente del farol, cuya luz desapareció en el fondo de la caverna.

Trascurrió otro momento de ansiedad, y al fin se vio reaparecer la luz del farol, que cada vez se distinguía más. Las gentes que rodeaban a Pitis dejaron por un instante a éste, que había recobrado el sentido, y se agolparon a la entrada de la cueva, de donde retrocedieron

horrorizadas viendo que el señor cura y mi bisabuelo sacaban asido de los pies y los hombros el cuerpo de un hombre ensangrentado, pero vivo aún, pues se quejaba lastimosamente.
Aquel hombre era Antonazas, que, perseguido furiosamente en la cueva por Javalinero, había dado una caída al atravesar el torrente, y además de causarse una grave herida en la cabeza contra el ángulo de una peña, había sido atarazado por el perro.

- VI -

Había trascurrido cerca de un mes desde que Antonazas y Pitis fueron sacados de la cueva de la Magdalena, Antonazas gravemente herido y Pitis desmayado.
Antonazas estaba de enhorabuena, pues el facultativo le había declarado aquel día fuera de todo peligro, después de haber estado con la santa Unción.
El señor cura nuevo estaba al lado de la cama de Antonazas conversando con éste afectuosamente.
¡Ay, señor cura! decía Antonazas. ¡Cómo le pagaré yo a Vd. lo bondadoso que ha sido conmigo durante el gran peligro de muerte en que he estado!
-¿Cómo me lo pagará Vd.? De un modo muy amigo Antón: recordando mientras viva que estuvieron a punto de costarle la vida sus terquedades, único medio de que no vuelva Vd a incurrir en ellas o en otras semejantes.
-Yo haré lo posible por recordarlo, y le ruego a Vd. que me ayude también a ello.
-Así lo haré, amigo Antón.
-¿Sabe Vd., señor cura, que fue un verdadero milagro el que no quedaran mis huesos en la cueva de la Magdalena mezclados con los de los animales que allí han perecido?
-Ciertamente que lo fue, amigo Antón.
-¡Por fuerza tuve aquella noche de mi parte algún santo que me protegió; y si supiera cuál fue, haría cualquier cosa por mostrarle mi agradecimiento!
-¿Y qué haría Vd. si lo supiera, amigo Antón?
-¿Qué, señor cura? Gastarme mil ducados en levantarle una ermita en el mejor sitio de Montellano.
-Déme Vd. los mil ducados y yo lo averiguaré y con ellos le levantaré una ermita.
-Acepto la proposición, señor cura. Haga usted el favor de abrir esa arca con esta llave y déme una bolsa de dinero que hay en ella.
Así diciendo, Antonazas dio al señor cura la llave que sacó de debajo de la almohada; el señor cura abrió el arca, sacó y dio la bolsa a Antonazas, y éste, contando mil ducados en onzas de oro, se los entregó al señor cura que le dio el correspondiente recibo, concebido en los siguientes términos:
«He recibido de D. Antonio de Seldortun, vecino de esta feligresía de Montellano, concejo de Galdames, la cantidad de mil ducados para erigir con ellos una ermita al santo que yo crea haber salvado de la muerte en la cueva de la Magdalena al espresado D. Antonio, Montellano, etcétera.»
El 17 de enero del año siguiente se dijo la primera misa con toda solemnidad, con asistencia de Antonazas y ayudada por Pitis, en una linda ermita que en el campo de Acabajo había erigido el señor cura a espensas de Antonazas al glorioso San Antonio Abad, abogado de los animales.

FIN DEL CURA NUEVO.